

EL LIBRO DE LOS ANCIANOS¹
COLECCIÓN SISTEMÁTICA GRIEGA
DE LAS SENTENCIAS DE LOS PADRES
Y LAS MADRES DEL DESIERTO²

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

Comentario

Dado el carácter particular, un tanto diferente al resto de la CSG, del presente capítulo, hemos cambiado la habitual introducción por un breve comentario luego de cada sentencia.

TEXTO

Capítulo 21. Apotegmas de los padres que envejecieron en la ascesis, mostrando como en resumen su eminente virtud³

1. Le preguntaron a un anciano: “¿Qué es el amor al dinero?”. Y respondió: “No creer en Dios, que se preocupa por ti, desesperar de las promesas de Dios y

1 Traducción, comentario y notas: P. Enrique Contreras, osb (Monasterio Santa María, Los Toldos, Pcia. de Bs. As., Argentina). Cf. *Cuadernos Monásticos* ns. 192 (2015), pp. 43-86; 193 (2015), pp. 171-224; 194 (2015), pp.; 195 (2015), pp. 467-512; 196 (2016), pp. 65-107; 97 (2016), pp. 217-259; 198 (2016), pp. 334-390; 199 (2016), pp. 501-511; 200 (2017), pp. 87-121; 201 (2017), pp. 222-261; 202 (2017), pp. 338-387; 203 (2017), pp. 478-515; 204 (2018), pp. 95-107; n. 205 (2018), pp. 191-232; n. 206 (2018), pp. 363-372.

2 Abreviamos con la sigla CSG.

3 La versión latina de este capítulo no figura en PL 73. Fue editada por A. WILMART, en la *Revue Bénédictine* 34 (1922), pp. 196-198 (cf. SCh 498, p. 201, nota 1).

amar los placeres dañinos”⁴.

El amor al dinero, la avaricia, son claras manifestaciones de la carencia de las tres virtudes fundamentales del cristiano: fe, esperanza y amor. *La avaricia, es una forma de idolatría* (Col 3,5).

2. De nuevo le preguntaron: “¿Qué es la calumnia?”. Y respondió: “No conocer a Dios o la gloria de Dios, y envidiar al prójimo”⁵.

Hablamos mal de nuestras hermanas y/o de nuestros hermanos porque no tenemos fe verdadera en Dios y en su gloria; y, además, envidiamos.

3. De nuevo le preguntaron: “¿Qué es la cólera?”. Y respondió: “Rivalidad, mentira e ignorancia”⁶.

La ira nace principalmente de todo lo que tiene que ver con la descalificación del hermano o de la hermana, y en este terreno hay que destacar el papel que juega la ignorancia. Solo Jesús sabe lo que hay en el corazón de cada ser humano (cf. Jn 2,24-25). En el *Sermón de la montaña*, que es la verdadera y última fuente de gran parte de las sentencias del presente capítulo, el Señor afirma claramente que “*todo aquel que se irrita contra su hermano, será condenado en el tribunal*” (Mt 6,22).

4. Preguntaron a un anciano: “¿Cómo debe ser el monje?”. Y respondió: “Como el solo ante el Solo”⁷.

4 Isaías 9. El texto de la *Colección Alfabética*, dice: «Interrogado *abba* Isaías sobre la avaricia, respondió: “No creer en Dios, que cuida de ti; desesperar de las promesas de Dios y amar la abundancia”».

5 Isaías 10.

6 Isaías 11. Para estos tres primeros apotegmas, cf. asimismo: *ABBA ISAÍAS, Asceticon*, XXII, 2 b-d (cf. Luigi D’AYALA VALVA, *Detti. Collezione sistematica*, Comunità di Bose, Qiqajon, 2013, 610, nota 1 [*Padri della Chiesa: volti e voci*]), en adelante abreviamos: *Detti*.

7 Apotegma anónimo N 89. Mi versión es ya, en cierto modo, una interpretación del texto original. Otras traducciones: “como solo a solo” (*Detti*, p. 603); o: “como solo en presencia del solo” (SCh 498, p. 201). Para un comentario más amplio de este texto ver *Detti*, p. 610, nota 3.

El monje vive en soledad para estar siempre en presencia del Dios “Solo”, o solo de Dios. Del mismo modo que Moisés: *El Señor conversaba con Moisés cara a cara, como lo hace un hombre con su amigo* (Ex 33,11).

5. Preguntaron a un anciano: “¿Por qué tengo miedo cuando camino por el desierto?”. Y respondió: “Todavía vives”⁸.

Abandonarse en manos del Señor es entrar en una nueva forma de vida, en la que no tiene cabida el temor. El monje/la monja debe confiar siempre en la Providencia divina (cf. Mt 6,22-34; Lc 12,22-31), que nos lleva a *no* vivir en permanente estado de inquietud (cf. Lc 1,79).

6. Preguntaron a un anciano: “¿Qué debo hacer para ser salvado?”. Estaba trezando una cuerda y, sin levantar la cabeza del trabajo, respondió: “Esto, como ves”⁹.

La posibilidad de la salvación está siempre en lo sencillo, lo habitual, lo menos llamativo; el trabajo manual es fundamental en la vida monástica (cf. 2 Ts 3,8. 10. 12).

7. Preguntaron a un anciano: “¿Por qué nunca te desanimas?”. Y respondió: “Porque cada día espero morir”.

Estar cada día preparado para la partida de este mundo (cf. 1 Co 15,31: *cada día me enfrento con la muerte*), es el modo más seguro para evitar la desesperación, o la *acedia*, o la depresión¹⁰. En la *Vida de san Antonio* (19,2), encontramos una enseñanza semejante: “Para no ser negligentes, (es) bueno meditar las palabras del Apóstol: *Muero cada día* (1 Co 15,31). Puesto que si también vivimos cada día como si fuéramos a morir, no pecaremos”. La *Regla* de san Benito sintetiza este tema fundamental del monacato con la sentencia:

8 Apotegma anónimo N 90.

9 Apotegma anónimo N 91.

10 Cf. *Detti*, p. 610, nota 6.

“Tener la muerte presente ante los ojos cada día” (RB 4,47).

8. De nuevo le preguntaron: “¿Por qué soy continuamente negligente?”. Y respondió: “Porque nunca viste el sol”¹¹.

La luz que nos ilumina cada día, la del sol que simboliza a Cristo (cf. Lc 1,78; 1 Jn 1,5), nos ayuda a evitar todo género de negligencia en nuestro compromiso cristiano¹².

9. Preguntaron a un anciano: “¿Cuál es la obra del monje?”. Y respondió: “El discernimiento”¹³.

La virtud o práctica decisiva en la vida monástica cristiana es *el discernimiento*.

10. Preguntaron a un anciano: “¿Por qué soy tentado por la fornicación?”. Y respondió: “A causa del mucho comer y dormir”¹⁴.

En la enseñanza del desierto los monjes egipcios relacionaban la fornicación con los excesos en la comida y el sueño¹⁵. Valoraban la enseñanza evangélica que recomienda el ayuno, las vigiliass y la oración (cf. Mt 26,40-41).

11. Preguntaron a un anciano: “¿Qué debe hacer el monje?”. Y respondió: “Practicar todo lo que (es) bueno y abstenerse de todo mal”¹⁶.

La actividad del monje y/o de la monja debe centrarse en la búsqueda de todo lo bueno y rechazar lo malo. Evidentemente esto conforme

11 Apotegma anónimo N 92.

12 El apotegma anónimo recién mencionado en la nota precedente lee: “piedra miliar”, en vez de sol; lo que debe interpretarse con el sentido de meta escatológica. El sol también es necesario entenderlo en sentido espiritual, en referencia a la luz de Dios que el monje contempla en la medida en que progresa espiritualmente (*Detti*, p. 610, nota 7).

13 Apotegma anónimo N 93.

14 Apotegma anónimo N 94.

15 Cf. *Detti*, p. 610, nota 9.

16 Apotegma anónimo N 95.

a un criterio evangélico.

12. Decían los ancianos que la oración es el espejo del monje¹⁷.

La centralidad de la oración es un hecho incontrastable: en ella *se mira* quien quiere seguir fielmente a Cristo. Resuena en esta enseñanza el texto de 1 Ts 5,17: Oren sin cesar.

13. Decían los ancianos: “Nada hay peor que juzgar”¹⁸.

La prohibición del juicio al prójimo es absoluta en el monacato primitivo¹⁹, y se fundamenta en la enseñanza de Jesús: *No juzguen, para no ser juzgados* (Mt 7,1).

14. Decían los ancianos: “Nunca darles alas a los pensamientos”²⁰.

Se trata ante todo de los malos pensamientos, pero abarca asimismo todos aquellos que nos apartan de la *memoria Dei*.

15. Decían los ancianos que la corona del monje es la humildad²¹.

Junto al discernimiento y la prohibición absoluta de juzgar al prójimo, la humildad ocupa un lugar de privilegio en la práctica de las virtudes en el ámbito del monacato cristiano. Nuevamente el fundamento de esta enseñanza es netamente evangélico: “*El que*

17 Apotegma anónimo N 96.

18 Apotegma anónimo N 97.

19 «... ¿Se dan cuenta de qué pecado tan grande cometemos cuando juzgamos al prójimo? En efecto, ¿qué puede haber más grave? ¿Existe algo que Dios deteste más y ante lo cual se aparte con más horror? Los Padres han dicho: “No existe nada peor que el juzgar”. Y, sin embargo, es por aquellas cosas que llamamos de poca importancia por lo que llegamos a un mal tan grande. Si aceptamos cualquier leve sospecha sobre nuestro prójimo, comenzamos a pensar: “¿Qué importancia tiene el escuchar lo que dice tal hermano? ¿Y si yo lo dijera también? ¿Qué importa si observo lo que este hermano o este extraño va a hacer?”. Y el espíritu comienza a olvidarse de sus propios pecados y a ocuparse del prójimo» (DOROTEO DE GAZA, *Conferencias*, 6,69).

20 J. C. GUY, *Recherches sur la tradition grecque des Apophthegmata Patrum*, Bruxelles, Société des Bollandistes, 1962, p. 89 (Subsidia Hagiographica 36).

21 Apotegma anónimo N 98; Or 9.

se ensalza será humillado, y que se humilla será ensalzado” (Mt 23,12)²².

16. Decían los ancianos: «A todo pensamiento que te llegue dile: “¿Eres de los nuestros o de los adversarios?” (Jos 5,13). Y sin duda confesarás»²³.

Con los pensamientos que se nos presentan es necesario actuar con discernimiento; pudiendo incluso recurrir a un cierto modo *antirrético*, es decir, dialogar, o responder (siempre recurriendo a textos de la Escritura), a las sugerencias que nos ofrecen²⁴.

17. Decían los ancianos que el alma es una fuente, si la cavas, se purifica; pero si le echas tierra, desaparece²⁵.

Es importante mantener la fuente que brota de nuestra alma en excelente condición, evitando por todos los medios que se seque la surgente, o que se llene de tierra²⁶. La pureza de corazón es el *carisma* de la vida monástica cristiana (cf. Mt 5,8).

22 Cf. Ez 21,31; Mt 20,26-28; Lc 18,14; 16,15.

23 Apotegma anónimo N 99.

24 En la *Vita Antonii* (43,1-3) se lee: «Para no tenerles miedo, tengan para ustedes esta prueba (o: este ejemplo). Cuando se produzca alguna fantasía, no se ha de ceder al temor, sino que con confianza se ha de preguntar primeramente: “¿Tú quién eres y de dónde vienes?”. Si es una visión de santos, te reconfortarán y convertirán tu miedo en alegría. En cambio, si es un ser diabólico, al momento se debilitará al ver un espíritu vigoroso. Porque ciertamente la pregunta: “¿Tú quién eres y de dónde vienes?”, es una demostración de un (espíritu) imperturbable (*ataraxia*: impassibilidad, calma, tranquilidad, serenidad). Así Josué, hijo de Navé, preguntando aprendió (cf. Jos 5,13 ss.), y el enemigo no se ocultó a Daniel cuando le interrogó (cf. Dn 13,44-62)». Cf. *Detti*, pp. 610-611, nota 14.

25 Apotegma anónimo N 100.

26 La convicción de que el alma es la fuente interior del bien, si se mantiene en su pureza natural, se funda sobre la fe en que ella ha sido creada buena y a imagen de Dios (cf. Gn 1,26), y que el reino de Dios está dentro nuestro (cf. Lc 17,21), como se lee en la *Vita Antonii* (20,4-5): “... Nosotros no tenemos necesidad de viajar para alcanzar el Reino de los cielos ni de atravesar el mar para alcanzar la virtud. Puesto que el Señor se anticipó y dijo: *El Reino de los cielos está dentro de ustedes*. Por tanto, la virtud es tarea solamente de nuestro querer, ya que está en nosotros y se forma a partir de nosotros. La virtud, en efecto, nace cuando el alma posee, según la naturaleza, la facultad racional (*Detti*, p. 611, nota 15).

18. Dijo un anciano: “Yo creo que Dios no es injusto, de modo que pueda sacarnos de una prisión para arrojarnos a (otra) prisión”²⁷.

Dios es bueno, por tanto, no cabe en Él ninguna forma de injusticia. Las decisiones que encierran o liberan son nuestras.

19. Dijo un anciano: “Hacerse violencia en todo, este es el camino de Dios”²⁸.

Negarse a sí mismo para seguir a Cristo es el auténtico camino evangélico, el camino de Dios (cf. Mc 8,35 y paralelos).

20. Dijo también: “Un monje que no trabaja, es juzgado como arrogante”²⁹.

En la vida monástica el trabajo ayuda a evitar cualquier forma de orgullo o autosuficiencia (cf. 2 Ts 3,8. 10. 12).

21. Dijo un anciano: “Si Dios nos perdona con paciencia, mientras hacemos cosas malas³⁰, ¿no nos ayudará mucho más si hacemos cosas buenas³¹?”.

Debemos creer en el perdón de Dios, y esforzarnos por hacer toda clase de obras buenas (cf. Lc 15,11 ss.).

22. Dijo un anciano: “No hagas nada sin antes examinar primero en tu corazón si lo que vas a hacer es según Dios”³².

El discernimiento de las acciones es fundamental: qué es según Dios y qué no lo es. Se trata de un don del Espíritu Santo (cf. 1 Co 12,10);

27 Apotegma anónimo N 101. La sentencia muy probablemente se refiere a la esperanza de la salvación después de la muerte, Dios es bueno y quiere nuestra salvación (cf. *Detti*, p. 611, nota 16).

28 Apotegma anónimo N 102.

29 SÓCRATES, *Historia Eclesiástica*, 4,23,28: “*Abba* Arsenio decía que el monje, si no trabaja, es juzgado como (lit.: igual que) un arrogante” (SCh 505, p. 88).

30 U: obras malas.

31 Cf. Rm 8,28 (*Detti*, p. 605).

32 Apotegma anónimo N 103; el final podría igualmente traducirse: “... por Dios”.

que nos permite examinar todo con discernimiento (1 Ts 5,21); y probar los espíritus para ver si son de Dios (1 Jn 4,1; RB 58,2).

23. Dijo un anciano: “Si el monje ora solo cuando está de pie para la oración, ese monje no reza nunca”³³.

La oración debe ser continua, sin cesar (cf. 1 Ts 5,17).

24. Dijo un anciano: “Pasé veinte años combatiendo contra un pensamiento, para ver a todos los hombres como uno solo”³⁴.

La lucha contra cualquier forma de discriminación, juicio o murmuración contra el prójimo es una vía real, es la búsqueda de la auténtica caridad.

25. Dijo un anciano que de todas las virtudes la más grande es el discernimiento³⁵.

El apotegma no hace sino subrayar la importancia concedida por el monacato primitivo al discernimiento³⁶.

26. Preguntaron a un anciano: “¿Cómo el alma adquiere la humildad?”. Y respondió: “Cuando ella solo se preocupa de sus propias faltas”³⁷.

La humildad se adquiere no juzgando, ni midiendo al prójimo, sino por el arrepentimiento sincero de las propias faltas (cf. Mt 7,1-5).

33 Apotegma anónimo N 104. Esta sentencia probablemente ha sido tomada del *Diálogo sobre la contemplación*, 22 (J.-C. GUY, *Un entretien monastique sur la contemplation*, en *Recherches de Science Religieuse* 50 [1962], pp. 232-236). No basta, por tanto, con la oración litúrgica, es necesario orar en nuestro interior continuamente (cf. Lc 18,1); cf. *Detti*, p. 611, nota 19.

34 Apotegma anónimo N 105.

35 Apotegma anónimo N 106.

36 JUAN CASIANO, *Conferencias*, 2,4,4: “... La discreción es lo que conduce al monje con paso firme y sin vacilación hacia Dios, y conserva para siempre intactas las virtudes... Pues, gracias a ella, se sube con menos fatiga la cuesta arriba de la perfección, a donde, sin su concurso, muchos no hubiesen podido llegar a pesar de sus continuos esfuerzos. En consecuencia, la discreción es la madre, guarda y moderadora de todas las virtudes”.

37 Apotegma anónimo N 107. “Faltas”, lit: males.

27. Dijo un anciano: “El que escucha una calumnia debe huir³⁸, y el calumniador será corregido³⁹”.

La calumnia es una falta muy grave contra la caridad: *Hermanos, no hablen mal los unos de los otros. El que habla en contra de un hermano o lo condena, habla en contra de la Ley y la condena. Ahora bien, si tú condenas la Ley, no eres cumplidor de la Ley, sino juez de la misma. Y no hay más que un solo legislador y juez, aquel que tiene el poder de salvar o de condenar. ¿Quién eres tú para condenar al prójimo?* (St 4,11-12).

28. Un anciano dijo: “Todo lo que pude alcanzar, no lo desprecié⁴⁰”.

El monje debe aspirar a la perfección, hacia lo mejor.

29. Dijo un anciano: “Como la tierra no puede caer jamás, tampoco caerá jamás el que se humilla⁴¹”.

La humildad impide al monje la caída, ella lo ayuda a estar siempre por tierra.

30. Un anciano dijo: “Es una vergüenza para un monje si deja todos sus bienes y se hace extranjero por causa de Dios, (y) después de esto va al castigo⁴²”.

Hacerse extranjero (*xeniteía*) y abandonar todo por Dios, debe hacer al monje consciente de la necesidad de vivir conforme a esta renuncia, a fin de evitar el castigo eterno.

31. Dijo un anciano: “Esta generación no busca el hoy⁴³ sino el mañana⁴⁴”.

38 O: le aprovecha huir.

39 O: es así corregido.

40 Apotegma anónimo N 109.

41 Apotegma anónimo N 108.

42 Apotegma anónimo N 110.

43 Cf. Hb 3,13: *Animense cada día mientras dura este hoy* (Detti, p. 606); cf. Sal 94 (95),7.

44 Apotegma anónimo N 112.

Un mandato *esencial* del primer monacato cristiano es vivir el día a día con total entrega a la voluntad del Señor. Se trata del seguimiento de Cristo, tal como nos es presentado en los Evangelios (cf. Mt 6,25-34; Lc 12,22-31).

32. Los ancianos dijeron: “Nuestra obra es quemar leña”⁴⁵.

Este aparentemente enigmático apotegma, sin duda se refiere a la exigencia del monje frente a la multitud de pensamientos que se le presentan. No puede dudar: debe quemarlos. Es lo que confirma a su vez la sentencia 63 de este mismo capítulo de la CSG: “Así como el fuego quema la leña, así la obra del monje debe quemar las pasiones”.

33. Dijo también: “No quieras ser considerado”⁴⁶.

El ser tenido en cuenta, que se nos considere o estime, es una parte de nuestra vanagloria u orgullo. No se trata de lesionar la autoestima, sino de vivir una humildad sincera y auténtica.

34. Un anciano dijo: “La humildad no se encoleriza ni irrita a nadie”⁴⁷.

La cólera, la ira, es una de las pasiones que obnubila, que impide una correcta visión de uno mismo y de los hermanos; y que puede acabar

45 Apotegma anónimo N 113.

46 Apotegma anónimo N 114. La versión italiana propone una forma menos literal: “No busques sustraerte al desprecio” (*Detti*, p. 606).

47 Apotegma anónimo N 115. Idéntica enseñanza encontramos en DOROTEO DE GAZA, *Conferencias*, 2,29: «Hermanos: ¡Feliz aquel que posee la humildad! La humildad es grande. Y aquel santo que dijo “La humildad ni se irrita ni irrita a nadie” describió muy bien al que posee una verdadera humildad. La ira no va con ella, porque la humildad se opone a la vanagloria y preserva al hombre de ella. Nos irritamos a causa de las riquezas y de los alimentos ¿Cómo podemos entonces decir que “la humildad no se irrita, ni irrita a nadie”? Es que, como hemos dicho, la humildad es grande. Es tan poderosa que atrae la gracia de Dios al alma y, estando presente la gracia de Dios, protege al alma contra esas dos pasiones graves. En efecto, ¿qué hay más grave que irritarse e irritar al prójimo? Ya lo decía Evagrio: “Es algo totalmente ajeno al monje el irritarse” (la sentencia no es de Evagrio, sino posiblemente de Macario). Ya que el que se irrita si no es enseguida protegido por la humildad, cae poco a poco en un estado demoníaco, perturbando a los demás y perturbándose a sí mismo. Por eso el anciano dice: “La humildad ni se irrita, ni irrita a nadie”».

haciendo daño al prójimo (cf. Mt 5,22).

35. Dijo también: “Permanecer convenientemente en la celda, llena de bienes”⁴⁸.

La estabilidad, la permanencia en la celda, es la puerta de acceso a la consecución de los grandes bienes de la vida espiritual. Es también el primer paso en el camino de la *hesiquía*.

36. Un anciano dijo: “Desgraciado el hombre cuyo renombre es superior a su obra”⁴⁹.

La tradición monástica primitiva sistemáticamente condena la incoherencia, un renombre o una fama que no condice con las obras, con los hechos de vida (cf. RB 4,62).

37. Dijo un anciano: “La familiaridad y la risa son semejantes al fuego devorador de la paja”⁵⁰.

Los excesos en la conversación (la *parresía*) y las burlas (risa en sentido negativo), son funestos para la guarda del silencio interior que es necesario para escuchar la Palabra de Dios (cf. RB 4,52).

38. Un anciano dijo: “El que se hace violencia a sí mismo por causa de Dios es semejante a un hombre confesor”⁵¹.

En los inicios del monacato cristiano se desarrolló una certeza: una vida de total entrega a Cristo Señor hacía a los monjes semejantes a los confesores que testimoniaban su fe en tiempos de persecución. Así surgió el tema del *martirio blanco*.

48 Apotegma anónimo N 116.

49 Apotegma anónimo N 117. El final de un apotegma de la *Colección alfabética griega* (= CAG) es similar a esta sentencia anónima: “El que es estimado o exaltado por encima de su mérito, sufre un gran daño” (Nesteros [o Nisteros] 5 (última frase); cf. *Deti*, p. 612, nota 25.

50 Apotegma anónimo N 118. “De la paja”, que también podría traducirse: del cañaveral, o: del rastrojo (*kalame*).

51 Apotegma anónimo N 119.

39. El mismo dijo: “El que se convierte en loco por causa del Señor, el Señor lo hará sabio”⁵².

Otro de los tópicos importantes en las sentencias de las madres y los padres del desierto es la *locura por Dios*. Es un tema que necesitaríamos profundizar, pero que básicamente está ligado a la búsqueda de vivir una humildad radical. No se trata de negar la importancia de la sabiduría como actividad de la razón humana, sino de neutralizar la sabiduría que se erige en autosuficiente, única y última⁵³.

40. Un anciano dijo: “El hombre teniendo la muerte ante los ojos a toda hora, vence la pusilanimidad”⁵⁴.

Saber que nuestra vida es efímera, debe ayudar al ser humano a enfrentar con valor y audacia las exigencias de su compromiso cristiano. San Pablo decía: “*Cada día yo me enfrento con la muerte*” (1 Co 15,31; cf. 2 Co 4,11).

41. Dijo un anciano: “Esto es lo que Dios busca del hombre: el espíritu, la palabra y la acción”⁵⁵.

La entrega de todo nuestro ser a Dios, esto es lo que Él espera de nosotros; y no solamente un compromiso parcial o de una parte de nuestra realidad humana. La sentencia pone nuevamente de manifiesto la importancia de la coherencia de vida, que nos ha mostrado el Señor Jesús en su propia existencia.

42. El mismo dijo: “El hombre tiene necesidad de esto: temer el juicio de

52 Apotegma anónimo N 120. Cf. 1 Co 3,18 (*Detti*, p. 606); ver también 1 Co 1,20-25; 2,6; 4,10.

53 Cf. *Traduction Oecumenique de la Bible. Édition intégrale. Nouveau Testament*, Paris, Eds. du Cerf – Les Bergers et les Mages, 1980, p. 496, nota u.

54 Apotegma anónimo N 121. Pusilanimidad, puede también traducirse por cobardía o incluso por desaliento (*oligopsichia*).

55 Apotegma anónimo N 122. La coherencia entre pensamiento, palabra y acción le permite al monje realizar su vocación de llamado a la unidad (cf. *Detti*, p. 612, nota 30).

Dios, odiar el pecado, amar la virtud y suplicar continuamente a Dios”⁵⁶.

Los cuatro enunciados se corresponden dos a dos. Quien realmente teme el juicio de Dios, no puede sino odiar el pecado, que le acarreará una sentencia negativa en esa instancia. Y quien ama sinceramente la virtud, sabe que para alcanzarla y vivirla en plenitud necesita la ayuda de la gracia, y la pide sin cesar a Dios.

43. Un anciano dijo: “Así como llevamos por todas partes el soplo de (nuestras) narices⁵⁷, así también debemos tener siempre con nosotros, dondequiera que estemos, el temor de la muerte y el llanto”.

El ser humano, creado por Dios, debe recordar su condición *creatural*. Para ello cuenta con la ayuda de la conciencia de la propia muerte, poderoso acicate contra las tentaciones y la inclinación al pecado; y de las lágrimas, el llanto, suplicando el perdón de sus faltas, de aquellas que por humana debilidad haya cometido.

44. Un anciano dijo: “La lectura de las divinas Escrituras atemoriza⁵⁸ a los demonios⁵⁹”.

Nunca alabaremos suficientemente la importancia enorme de la *lectio divina*. La presente sentencia exalta su ayuda en la lucha contra el Enemigo.

45. Dijo un anciano: “Si no quitas de raíz (esa) pequeña planta que es la negligencia, ella se transformará en un gran pantano (lleno de plantas)”⁶⁰.

56 Apotegma anónimo N 123.

57 Cf. Gn 2,7: *El Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida. Así el hombre se convirtió en un ser viviente.*

58 También podría traducirse: pone en fuga, hace huir, expulsa, rechaza.

59 Idéntica enseñanza hallamos en dos sentencias de la CAG atribuidas a san Epifanio: «Dijo también: “Es necesario poseer aquellos libros cristianos que se pueden adquirir. Puesto que la sola vista de esos libros nos hace remisos para el pecado y nos dispone a crecer más en la justicia” (Epifanio 8). Dijo también “Gran precaución para no pecar es la lectura de las Escrituras”» (Epifanio 9).

60 Sentencia que ya figuraba en el cap. 11,100, de esta misma CSG, con el siguiente formato: «Un

La negligencia, o el abandono, es un vicio destructor de la raíz misma de la vida monástica, del seguimiento de Cristo. Es preferir la comodidad a dejar todo para seguir al Señor (cf. Mt 7,26).

46. Dijo un anciano: “Las preocupaciones humanas quitan toda la grasa del hombre y lo dejan seco”⁶¹.

La *hesiquía* se pierde cuando en la vida del monje entra una excesiva preocupación por las realidades o los pensamientos meramente humanos. La sequedad es justamente la ausencia del Espíritu Santo en nosotros (cf. Rm 8,5 ss.).

47. Un anciano dijo: “Haz lo posible por ser irreprochable y no busques la apariencia”⁶².

El cuidado, el esfuerzo, de nuestra vida monástica cristiana no debe ponerse en lo externo, sino en la interioridad, en una vida pura.

48. Dijo un anciano: “La acción de gracias intercede por (nuestra) debilidad ante el Señor”⁶³.

La acción de gracias mencionada en esta sentencia seguramente se refiere a la Eucaristía (el vocablo griego es justamente *eycharisteia*), que es el verdadero remedio para sanar nuestra debilidad, nuestra falta de vigor en el seguimiento de Cristo.

hermano interrogó a un anciano diciendo: “¿Qué hacer por causa de mi negligencia?”. El anciano le dijo: “Si no arrancas esa pequeña planta que es la negligencia, se convertirá en un gran pantano (lleno de plantas)”». Se trata del Apotegma anónimo N 420. He optado por mantener también aquí la propuesta de D'AYALA VALVA, *Detti. Collezione sistematica*, Comunità di Bose, Qiqajon, 2013, p. 387, nota 116 (*Padri della Chiesa: volti e voci*; que en adelante abreviamos: *Detti*), quien no corrige los códices, como lo hiciera el P. Guy, cambiando *elos* en *helos*: clavo, estaca, y que por eso traducía: *exrecencia*.

61 Texto que también se encuentra en el cap. 8,29, de esta misma colección: «Un anciano dijo: “El deseo de agradar a los hombres (o más lit.: el deseo de las cosas humanas) le quita toda la grasa al hombre y lo deja seco”»; cf. Sentencias anónimas del *Sinaiticus Graecus 448*, 673.

62 O: el adorno, el atavío exterior (*kosmesis*).

63 Apotegma anónimo N 637.

49. Un anciano dijo: “Mientras obres con reposo, no podrás reposar en Dios”⁶⁴.

El verdadero reposo, la *hesiquía*, solo es posible con el esfuerzo, habitualmente penoso, de la ascesis⁶⁵.

50. Dijo un anciano: “Reduce tu preocupación y tu estómago⁶⁶, y tendrás reposo”.

Todo lo que interviene para obstaculizar la búsqueda de la *hesiquía* debe dejarse a un lado; y en primera línea suelen estar las dificultades procedentes de las preocupaciones materiales, y los impulsos que obstaculizan el ayuno y la castidad, representados por el estómago o el vientre⁶⁷.

51. Un anciano dijo: “Ve, ama hacerte violencia a ti mismo”⁶⁸.

La ascesis, el dominio sobre sí mismo, es siempre difícil, y por eso hay que amar el camino que nos propone, a fin de vivir en plenitud la vida de fe.

52. Dijo un anciano: “Para mí, hasta este momento, mi cuerpo no ha soportado mi elección”⁶⁹.

Una primera clave de lectura de esta sentencia nos la puede ofrecer la versión italiana: “Por lo que toca a mi cuerpo, todavía no ha conseguido sostener mi decisión interior”⁷⁰. Y de un modo más

64 La traducción literal: “Mientras obres con reposo, no podrás reposar a Dios”. La versión italiana opta por una forma un poco más libre: “Mientras que hagas lo que haces con satisfacción, no podrás satisfacer a Dios” (*Detti*, p. 607).

65 El reposo como una suerte de autocomplacencia pierde de vista el verdadero fin del obrar del monje: la comunión con Dios (*Detti*, p. 612, nota 36).

66 O: vientre (*koilia*).

67 Sobre todo, la excesiva preocupación por la comida (*Detti*, p. 612, nota 37).

68 Apotegma anónimo N 25 a.

69 Piezas anónimas del *Sinaiticus Graecus 448*, 661 b.

70 *Detti*, p. 607.

amplio la nota que ofrece el mismo traductor: “El dicho parece ser una confesión de humildad de parte del anciano, que reconoce no estar en grado de imponer al cuerpo su elección de vida (*proairesis*) en favor de Dios y los valores espirituales. Sobre el trasfondo se encuentra, por una parte, el concepto paulino de reducir a esclavitud el cuerpo (cf. 1 Co 9,27), y el conflicto entre carne y espíritu (cf. Rm 7,13-23); y por otra, el concepto estoico de *proairesis*, que indica la elección fundamental, la decisión moral de fondo en favor del bien, que, para conseguirlo, exige el abandono de todo lo que es ajeno a él...⁷¹”. Sin embargo, el verdadero trasfondo de esta sentencia es evangélico, resuena en ella la enseñanza del *Sermón de la montaña* (cf. Mt 5,29-30).

53. Dijo un anciano: “Sé libre y no te transformes en esclavo; cuando hables, domina la cólera y la concupiscencia, y no estarás turbado, habiendo preparado tus obras para tu éxodo”.

La cólera y la concupiscencia son las dos partes del alma que deben ser puestas en orden, sosegadas y dominadas, para estar así preparados convenientemente para nuestra partida de esta vida.

54. Un anciano dijo: “El que alaba a un monje lo entrega en las manos del enemigo”⁷².

La alabanza se opone a la humildad, que es una virtud fundamental en la vida monástica cristiana.

55. Dijo un anciano: “Quien pronuncia una palabra de consuelo, si no piensa que es el primer beneficiado, no debe hablar”⁷³.

71 *Detti*, p. 612, nota 38. Sin negar el segundo aspecto, pienso que es más importante en la espiritualidad monástica la radicalidad evangélica del seguimiento de Cristo.

72 Apotegma anónimo N 498.

73 Cf. Apotegma anónimo N 433: «(Un hombre santo) dijo: “Si dices una palabra de vida, dila al que te escucha con compunción y lágrimas; de lo contrario, no digas nada, para no morir sin obtener provecho con palabras que te son extrañas, queriendo salvar a otros”» (cf. *Detti*, p. 612, nota 40).

No consolamos por ser mejores o superiores a los demás, sino por caridad, pero manteniéndonos siempre en una actitud humilde, sabiendo que somos los primeros necesitados y beneficiarios del consuelo que compartimos con los demás.

56. Los padres decían que nadie puede amar a Jesús si primero no ama el esfuerzo⁷⁴.

El seguimiento de Jesucristo es exigente, demanda esfuerzo y renuncia. El Evangelio nos enseña que no se puede seguir al Señor si está ausente la disposición a cargar la cruz (cf. Lc 14,27).

57. Dijo un anciano: “La *xeniteía* por Dios es buena si tiene el silencio; porque la libertad de palabra no es *xeniteía*”.

El estado de extranjero, la *xeniteía*: abandonar todo por Dios, es muy loable, siempre que vaya acompañada del silencio; caso contrario, pierde todo su valor, ya que encuentra su recompensa en esta vida.

58. Dijo un anciano: “Despreciarse a sí mismo es una muralla⁷⁵”.

Esta actitud es una de las exigencias de la auténtica humildad. Siempre hay que considerarla desde una perspectiva de fe, no desde un ángulo psicológico, como si se opusiera a la autoestima. La negación de sí mismo en la vida cristiana es imitación de Cristo, que se humilló a sí mismo para salvarnos y exaltarnos a nosotros (cf. Flp 2,5-11).

74 O: el trabajo, la pena, la fatiga (*kopon*). En la CAG se encuentra el siguiente texto: «Dijo *abba* Elías: “Un anciano vivía en un templo, y fueron a decirle los demonios: ‘Vete de este lugar, que es nuestro’. Dijo el anciano: ‘Ustedes no tienen lugar propio’. Y comenzaron a desparramar sus palmas. El anciano perseveró, y las juntaba. Al fin, el demonio lo tomó de la mano y lo llevó hacia afuera. Cuando llegó el anciano a la puerta, se tomó de ella con la otra mano, mientras gritaba: ‘¡Jesús, socórreme!’’. En seguida huyó el demonio. El anciano se puso a llorar, y el Señor le dijo: ‘¿Por qué lloras?’. Respondió el anciano: ‘¿Cómo se atreven a apoderarse del hombre, y obrar así?’. Le respondió: ‘Tú fuiste negligente. Porque cuando me buscaste, viste cómo te hallé’. Digo esto porque hay necesidad de trabajar mucho, y sin trabajo no es posible poseer a su Dios. Puesto que Él fue crucificado por nosotros”» (Elías 7); cf. *Detti*, p. 613, nota 41.

75 *Periteichos*: recinto de fortificaciones, antemuro. Se sobrentiende: una muralla contra los enemigos espirituales, lo demonios o los malos pensamientos (*Detti*, p. 613, nota 44).

59. Un anciano dijo: “Al perezoso y al que no trabaja no los quiere Dios”⁷⁶.

Imposible pensar en el seguimiento de Cristo, en una vida monástica cristiana, sin esfuerzo, sin trabajo, sin exigencias. No es algo aceptable a los ojos de Dios (cf. Jr 48,10; Pr 6,6).

60. Dijo un anciano: “Cuida tu conciencia con tu prójimo y tendrás reposo”.

Este es uno de los preceptos fundamentales del monacato primitivo: nunca, por ningún motivo, juzgar al prójimo, o pensar mal de él.

61. Un anciano dijo: “La raíz de todas las obras buenas es la verdad”⁷⁷.

La coherencia es fundamental en la vida cristiana y, por consecuencia, también en el seguimiento de Cristo en el monacato. Que las obras respondan a una sincera vivencia de la fe (cf. Mt 5,37; Si 6,37).

62. Dijo un anciano: “El que no recibe a todos de la misma manera, sino que hace distinciones, ése no puede ser perfecto”⁷⁸.

Hacer distinción de personas, discriminar, es una falta grave contra la caridad. Cristo condenó a menudo este proceder en el Evangelio (cf. Lc 6,37; 7,36 ss.; 18,9 ss.).

63. Los ancianos decían: “Así como el fuego quema la leña, así la obra del monje debe quemar las pasiones”.

Todo el esfuerzo, la ascesis, del monje o de la monja debe tener como finalidad la purificación, la progresiva destrucción de todo lo que se opone a la pureza de corazón.

76 Apotegma anónimo N 602.

77 Apotegma que ya habíamos encontrado en el cap. 10,158 de esta CSG; pero allí presentaba una frase más: “... y la mentira (su) muerte”.

78 Encontramos la misma sentencia en la CSG 1,33, aunque con algunas pequeñas variantes.

64. Un anciano dijo: “Es necesario que el monje no esté (dispuesto) a escuchar ni a decir calumnias, ni a escandalizarse”⁷⁹.

El juicio de nuestras hermanas y hermanos nos está vedado. No nos toca a nosotros sino al Señor. Y por eso no debemos tampoco escandalizarnos, antes bien debemos confiar en la misericordia infinita de Dios (cf. Mt 9,10-13; 13,24 ss.).

65. Un hermano interrogó a un anciano: “¿Hasta cuándo hay que callar?”. Le dijo el anciano: «Hasta que seas interrogado, porque está escrito: “*No respondas antes de haber escuchado*” (Si 11,8)».

Gran principio de la sabiduría de las madres y los padres del desierto: siempre escuchar antes de hablar. No hablar si no somos interrogados, porque de lo contrario se pierde la capacidad de apertura al otro/a.

66. Un hermano interrogó a un anciano sobre la vida. El anciano le dijo: “Come hierba, lleva hierba, duerme en la hierba, y adquiere un corazón de hierro. Esfuérzate cada día...”⁸⁰.

El dicho subraya la importancia que tiene, para el monacato primitivo, abrazar una vida de austeridad, de simplicidad; pero no como un fin en sí mismo, sino para alcanzar la fortaleza, la pureza, de corazón.

*Noticias biográficas*⁸¹:

Abba Abraham: este Abraham posiblemente se debe distinguir del discípulo de Sisoes, de Agatón y del compañero del abad Isaac, sacerdote de Las Celdas. Estuvo en relación con el abad Ares, del que nada sabemos (*Sentences*, p. 55).

79 Apotegma anónimo N 386. Ya encontramos esta sentencia en la CSG 10,159.

80 Euprepio 4. Ya encontramos esta sentencia en la CSG 1,28 (aunque con alguna variante menor). La frase interrumpida podría ser el inicio de un nuevo apotegma. El único manuscrito que transmite los dichos 44-66, está mutilado (cf. SCh 478, p. 215, nota 4; *Detti*, p. 613, nota 52).

81 La mayor parte de ellas las hemos tomado de: *Les Sentences des Pères du désert. Collection alphabétique. Traduite et présentée par Dom Lucien Regnault, moine de Solesmes, Abbaye Saint-Pierre de Solesmes*, 1981 (en adelante: *Sentences*).

Abba Agatón: “se encontraba en Escete en tiempos de Pastor (= Poimén) [primera mitad del siglo V]. Era más joven que éste, pero su precoz madurez le valió el título de *abba* y numerosos discípulos, entre otros Alejandro y Zoilo que vivieron con Arsenio” (*Sentences*, pp. 36-37).

Abba Alonio (o: Alonas): era bien conocido por Pastor con quien vivió en Escete. Tuvo un discípulo llamado José, pero, conforme a una sentencia que se conserva en siríaco, no gustaba enseñar a otros...” (*Sentences*, p. 57).

Abba Ammonas: “Numerosos son los monjes egipcios que, en el cuarto o quinto siglo se llamaban Amon, Amoun, Ammonios o Ammonas -todas variantes del mismo vocablo-, por lo que resulta difícil saber exactamente a qué personaje se debe atribuir uno u otro de los apotegmas. Las once sentencias que se le atribuyen en la *Colección alfabético anónima griega* (= CAG) son de un Ammonas que pasó catorce años en Escete y que estuvo en contacto con san Antonio antes de llegar a ser obispo...” (*Sentences*, pp. 44-45).

Abba Amoes: “este Amoes, que visitó a *abba* Aquiles en compañía de Bitimio, era de Las Celdas, riguroso consigo mismo, no trataba con demasiados miramientos a los demás, en particular a su discípulo Juan o a sus visitantes que en vano le solicitaban una palabra...” (*Sentences*, p. 51).

Abba Amún: “fue el primer monje que se estableció en el desierto de Nitria hacia 320. Huérfano a muy temprana edad, fue obligado por un tío a casarse, pero vivió con su esposa en total continencia durante dieciocho años. Cuando se hizo monje mantuvo contacto con san Antonio, quien le aconsejó en la implantación de un nuevo centro monástico en el desierto de Las Celdas (Antonio 34). Amún murió poco antes que Antonio, quien a la distancia vio que el alma de aquél era llevada al cielo (*Vida de Antonio* 60). Las colecciones de apotegmas provenientes de los medios escetiotas tienen pocas piezas concernientes a Amún de Nitria...” (*Sentences*, p. 52).

Abba Andrés: en los diversos manuscritos el apotegma atribuido a este *abba* se presenta a menudo bajo el velo del anonimato, y en efecto es tan impersonal que podría atribuirse a cualquier anciano (cf. *Sentences*, p. 60).

Abba Antonio: su vida (251-356) y su fisonomía nos son conocidas sobre todo por la célebre obra que le consagró san Atanasio. Los apotegmas aportan algunos

rasgos interesantes que para nada contradicen el relato del obispo de Alejandría, sino que colocan felizmente al Padre de los monjes en medio de otros ancianos de su tiempo, sus émulos en la imitación y la búsqueda de Cristo en el desierto...” (*Sentences*, p. 13).

Abba Anub: hermano mayor de Pastor, que contribuyó a la formación de éste. “Con sus cinco hermanos habían dejado a su madre y a su hermana para hacerse monjes en Escete. La primera invasión de los beduinos en 407 los forzó a irse de allí y se establecieron en Terenouthis (sobre un brazo del Nilo a 60 kms. al noroeste del Cairo). El más joven de los hermanos, llamado Paesios, era inocente y cándido pero un poco turbulento y preocupaba a Pastor, quien pensó en separarse. Por su parte, Paesios estuvo asimismo tentado de dejar a Pastor llevando a Anub consigo. Pastor se convirtió en el líder de la fraternidad, pero manteniendo siempre un gran respeto hacia su hermano mayor, negándose a hablar en su presencia. El segundo apotegma atribuido a Anub en la CAG es en realidad una sentencia del abad Anouph tomada de la *Historia monachorum* (11,5)” (*Sentences*, p. 54).

Abba Apphy: fue monje y luego obispo de Oxyrrinco, a 200 kms. del Cairo, no lejos del Nilo, al oeste.

Abba Aquiles: «Según un apotegma conservado sólo en armenio, “el abad Teodoro de Fermo decía de *abba* Aquiles que era como un león en Escete, considerado temible en su tiempo”. Esto era antes del final del siglo cuarto, en la época de los grandes ascetas escetiotas que rivalizaban en austeridad y humildad...» (*Sentences*, p. 48).

Abba Ares: no tenemos ninguna información sobre este anciano.

Abba Arsenio: “Procedente de una familia noble, nació en Roma en la época de la muerte de san Antonio (año 354). Ejerció importantes funciones en la corte imperial de Constantinopla y, tal vez, fue preceptor de los futuros emperadores Arcadio y Honorio. En 394, huyó del mundo y sus honores, llegó secretamente a Egipto y se hizo monje en Escete, junto a Juan Colobos. Después de vivir por algún tiempo en Petra y en Canope de Alejandría, dejó definitivamente Escete en el momento de la devastación del 434 y pasó los últimos años de su vida, hasta su muerte en 449, en Troe, actualmente Toura, a unos quince kilómetros al sudeste del Cairo” (*Sentences*, p. 23).

Abba Basilio el Grande: nació hacia el 329/330, en Cesarea de Capadocia. Hizo sus estudios primero en Neocesarea, después en la ciudad de Cesarea (¿desde el año 343?), más tarde, en Constantinopla (¿entre 346-350?) y luego en Atenas (desde el 351), donde frecuentó la Academia. En esta última ciudad volvió a encontrarse con Gregorio, hijo del obispo de Nacianzo, a quien conocía desde Cesarea, y con él trabó una amistad que duraría por el resto de sus días. En 355, dejó repentinamente la ciudad de Atenas, interrumpiendo sus estudios para volver a su patria. En el 357/358 recibió el bautismo y se retiró a un lugar apartado del Ponto próximo al río Iris (*Anesoí*). En el año 362, fue ordenado sacerdote. En 370 el pueblo fiel lo proclamó obispo de Cesarea de Capadocia, a pesar de la oposición de algunos obispos de la región y de una buena parte del clero. Desplegó entonces una intensa actividad caritativa, recurriendo incluso a sus bienes personales y familiares. La reflexión teológica de Basilio abrió el camino para la feliz culminación del concilio de Constantinopla (año 381). Pero él ya no pudo participar de ese acontecimiento eclesial. Murió el 1º de enero del 379 (esta es la fecha tradicional; pero más probablemente falleció en agosto del 377, o en septiembre del 378). “Se ignora cuándo y por qué camino el gran obispo capadocio fue admitido a formar parte de los *Apotegmas*...” (*Sentences*, p. 63).

Abba Benjamín: “... sacerdote de Las Celdas, muy probablemente es diferente del anciano que murió de hidropesía en Nitria después de ochenta años de vida monástica...” (*Historia Lausíaca*, 12; *Sentences*, p. 68).

Abba Besarión: Los apotegmas atribuidos a él en la CAG permiten pensar que vivió en Escete. Su discípulo, Dulas, nos presenta a su maestro como un poderoso taumaturgo, pero otros apotegmas nos revelan asimismo a un asceta a toda prueba, igualmente humilde y valiente (cf. *Sentences*, p. 64).

Abba Carión: “Conocemos al abad Carión por su hijo Zacarías (cf. Zacarías 4). La serie alfabética menciona un caso semejante al de Carión, el de un abad Santiago, cuyo padre carnal era también su padre espiritual (cf. Phocas 1). Pero esto debía ser excepcional, ya que era muy fuerte entre los anacoretas egipcios la desconfianza ante un anciano que convivía con un niño (cf. Carion 3)...” (*Sentences*, p. 164).

Abba Chomer: o Chomái (Jomái), o Chamé (Jamé). Nada sabemos de este *abba*.

Abba Ciro: “Fuera del apotegma que se le atribuye en la CAG, no hay ninguna mención de un abad Ciro en la literatura monástica de los siglos IV y V...” (*Sentences*, p. 166).

Abba Copres: “este Copres, que vivía en Escete, debe ser diferente del de la Tebaida, del cual se habla en la *Historia monachorum in Aegypto*, 10. A través de las pocas palabras que nos quedan de él, se vislumbra una gran simplicidad y una profunda humildad” (*Sentences*, p. 165).

Abba Cronio (o: Cronios): “¿Quién es este *abba Cronio*? Puede ser que se trate del célebre sacerdote de Nitria mencionado en la *Historia Lausíaca* (cap. 21), que había conocido a san Antonio y que vivió muchos años (*Historia Monachorum in Aegypto* 20,13). Pero Paladio también habla de otro Cronio, sacerdote también (*Historia Lausíaca*, cap. 47), y la colección etíope contiene varios apotegmas de un abad Cronio del monte Panaphon que habría vivido en Escete. Los apotegmas 1, 2 y 4 de la serie alfabética son especialmente significativos por el modo ingenioso de interpretar la Sagrada Escritura, en función de la vida espiritual del monje” (*Sentences*, pp. 161-162).

Abba Daniel: Fue “discípulo de Alejandro y de Zoilo, sus compatriotas de Farán, y junto con ellos discípulo de *abba Arsenio*, a quien sirvió devotamente hasta su muerte. Y también tuvo que dejar Escete cuando fue devastada (año 434) por los bárbaros. Aunque habla poco de sí mismo, tuvo el mérito de transmitir sus recuerdos sobre Arsenio y otros ancianos” (*Sentences*, p. 76). Murió probablemente en 439.

Abba Diadoco (de Fótice): Muy pocas noticias tenemos sobre su vida. Es considerado obispo de Fótice, ciudad de Grecia. En sus escritos se encuentran indicios que permiten afirmar que fue contemporáneo del Concilio de Calcedonia (451). Su obra, *Cien capítulos sobre la perfección espiritual*, nos revela a un escritor muy experimentado en la vida interior, tanto en la ascesis como en la contemplación, dueño de una doctrina profunda y de una gran sensibilidad. Murió probablemente hacia el año 468.

Abba Dióscoro: “Se conocen varios Dióscoro que vivieron en Egipto en la época de oro del monacato: en Nitria (*Historia Lausíaca*, 10-11), en la Tebaida (*Historia monachorum*, 20), e incluso a un anciano escriba...” (*Sentences*, p. 80).

Abba Dulas: posiblemente fue discípulo del abad Besarión (cf. Besarión 1 y *Sentences*, p. 81).

Abba Efrén: nació hacia el año 306 en Nísibe. Ordenado diácono colaboró activamente con los obispos Babu, Vologeo y Abraham, entre los años 338-362. En los diez últimos años de su vida (363-373), después de que Nísibe fue entregada a los persas, trabajó junto al obispo de Edesa. La crónica de esta ciudad coloca su deceso en el año 373. Su obra es, sobre todo, de carácter poético, cuyo marco era la liturgia, en un momento en el que la Eucaristía tenía la forma de una vigilia nocturna, en la que se leían textos largos y había espacio para meditar esos textos. Parte de sus composiciones poéticas para la liturgia se llaman *madrâshê*, y son cantos que comentan de una manera meditativa pasajes de la Escritura. Y algunos de esos himnos se tradujeron muy pronto al griego y al armenio. Uno de sus pensamientos más frecuentes es que, ante el misterio de la Encarnación del Verbo, las dos únicas posturas racionales e inteligentes son, o el silencio que adora, o la alabanza que canta (cf. <http://www.arzobispodegranada.es/index.php?mod=articulos&sec=7&cat=23&id=66>). “Las tres anécdotas (de los apotegmas de la CAG) se encuentran en las vidas del santo que conocemos, pero contrariamente a lo que se pensaba antes, los especialistas como Dom Outtier, que en nuestros días han estudiado a fondo la cuestión, consideran que los apotegmas son anteriores a las vidas. ¿Pero cómo llegaron a la colección? En todo caso, antes del siglo VI, ya que Pelagio las encontró y las tradujo al latín. Es imposible ponderar su valor histórico, pero al menos testimonian que el renombre de san Efrén se había difundido muy rápido en la tradición monástica egipcia” (*Sentences*, p. 86).

Abba Eladio: monje en Las Celdas, era originario de Alejandría y contemporáneo del abad Santiago: «Un sábado se reunieron los hermanos con alegría para comer en la iglesia de las Celdas. Cuando pusieron la fuente, comenzó a llorar *abba* Eladio de Alejandría. *Abba* Santiago le dijo: “¿Por qué lloras, *abba*?”. Le respondió: “Porque pasó la alegría del alma, que es el ayuno, y llegó la consolación del cuerpo”» (*Apotegma del Suplemento de la serie alfabética*; trad. en: *Cuadernos Monásticos* n. 17 [1961], pp. 153-154).

Abba Elías: “Varios monjes con este nombre vivieron en Egipto en el siglo IV. Entre ellos..., hay que distinguir al de la diaconía y al que vivió en Escete en tiempos de los grandes *Abbas* y conoció a Besarión...” (*Sentences*, p. 102). Cf. SCH 387, pp. 65-66.

Abba Epifanio: obispo de Constancia, la antigua Salamina, nació cerca de Eleuterópolis, no lejos de Gaza, en Palestina, hacia el 315. Partidario entusiasta del

movimiento monástico, después de una visita que hizo a los más famosos monjes de Egipto, hacia el año 335, fundó un monasterio cerca de su pueblo natal, a cuyo frente estuvo él mismo durante unos treinta años. La fama de su saber y santidad movió a los obispos de Chipre a elegirle en el 365 como metropolitano suyo. Su vida y sus escritos reflejan un celo ardiente por la pureza de la doctrina eclesiástica, al mismo tiempo que falta de discernimiento, de moderación y de tacto. Ardiente defensor de la fe de los Padres, se oponía a toda especulación metafísica. Esto explica su absoluta incapacidad para entender a Orígenes, que se fue convirtiendo en un odio auténtico contra el gran Alejandrino, a quien le consideraba responsable del arrianismo y cuya interpretación alegórica era para él raíz de todas las herejías. El año 392 fue a Jerusalén, y en presencia de Juan, obispo de la ciudad, y ante una gran multitud congregada en la iglesia del Santo Sepulcro, pronunció un discurso vehemente contra Orígenes. Ante la negativa de Juan a secundar la condena del Alejandrino, Epifanio rompió la comunión eclesiástica con él. Y no titubeó en aunar sus fuerzas con el violento y astuto patriarca Teófilo de Alejandría para expulsar de sus monasterios del desierto de Nitria a los famosos “Hermanos Largos” y a otros adeptos egipcios de Orígenes. En el año 400, a instigación de Teófilo, fue a Constantinopla, no obstante su avanzada edad, a emprender la guerra personalmente contra el obispo san Juan Crisóstomo y contra todos los origenistas de aquella ciudad. Cuando, al final, se dio cuenta de que Teófilo se había valido de él como de un instrumento, no aguardó a la deposición de Crisóstomo, sino que embarcó para Chipre, y murió en alta mar el 12 de mayo del 403 (cf. http://www.holytrinitymission.org/books/spanish/patrologia_j_quasten_2.htm#_Toc45462589).

Eucaristo, seglar: “Se encuentra en los *Apotegmas* más de una anécdota mostrando que los monjes no tienen el monopolio de la perfección y que los seglares los pueden sobrepasar en virtud, pero a condición de que vivan un poco como monjes. La historia de Eucaristo y su mujer es particularmente significativa en tal sentido: juntos observan la continencia total y llevan una vida austera y pobre” (*Sentences*, p. 87).

Abba Eulogio, presbítero: “... fue discípulo de san Juan Crisóstomo, y nos es conocido sólo por un único apotegma de la CAG. El paralelo siríaco precisa que vivía en Constantinopla. Los monjes de la ciudad imperial iban, en efecto, gustosamente a visitar a los ascetas egipcios. La lección que recibe Eulogio en Panefo del abad José pone de relieve admirablemente cómo los ascetas del desierto cuidaban ocultar sus prácticas. Sobre este punto, como sobre otros muchos, mostraban que habían comprendido el Evangelio y lo vivían a fondo en espíritu y en verdad” (*Sentences*, p. 88).

Abba Euprepio: “... sus apotegmas hablan sobre la pobreza, la privación y el desprendimiento de los bienes materiales... Tal actitud se inspira no solamente en el desprecio de las cosas materiales y terrenas, que ya practicaban algunos filósofos célebres de la antigüedad, sino sobre todo en la fe cristiana y en el total abandono a Dios” (*Sentences*, pp. 89-90).

Abba Evagrio: la fuente principal, y casi única, para conocer a Evagrio, es la noticia que nos ofrece su discípulo Paladio de Helenópolis (+ hacia 420-430) en la *Historia Lausiaca*, compuesta en los años 419-420. Evagrio nació en un pueblecito del Ponto, hacia el año 345. Sabemos que fue san Basilio quien le confirió el lectorado, y san Gregorio quien lo ordenó de diácono. Siguiendo al Nacienceno, se trasladó a Constantinopla, pero apenas alcanzó a servirlo allí un año como diácono, cuando la renuncia de san Gregorio a la sede patriarcal lo separó de él. Nectario, el obispo que sucedió a san Gregorio, lo retuvo a su lado. Fue entonces cuando Evagrio se enamoró de la mujer de un alto funcionario, pero antes de que algo grave ocurriera, huyó de Constantinopla. Pasó a Jerusalén, y allí vivió en el monasterio fundado por Melania la Grande; donde también conoció a Rufino. Decidió entonces abrazar la vida monástica. Lo ayudaron a tomar esta decisión una enfermedad y los sabios consejos de santa Melania. Estuvo primero en el desierto de Nitria, y dos años más tarde, en el de las Celdas, donde trabó relación con los algunos de los grandes maestros de la vida monástica del desierto egipcio, como los dos Macarios, el egipcio y el alejandrino. Teófilo, el obispo de Alejandría, quiso consagrarlo obispo, pero Evagrio consideró que no tenía derecho a aceptar, y permaneció en el desierto. Murió poco después de la Epifanía del año 399. Tenía entonces cincuenta y cuatro años.

Abba Félix: “Nada sabemos sobre él, pero explicando por qué no quería pronunciar una sentencia, este anciano nos ha dejado algunas de las palabras más memorables de los Padres del desierto” (*Sentences*, p. 320).

Abba Filagrio (o Filagrios): “Este monje que vivía en la soledad no lejos de Jerusalén en el siglo V, sólo nos es conocido por la anécdota que se le atribuye. El relato, como algunos otros relatos concernientes a los monjes palestinos, pudo haber sido introducido en una de las colecciones de apotegmas procedentes de Egipto, que circularon muy pronto en los medios monásticos del sur de Palestina” (*Sentences*, p. 320).

Abba Gelasio: “abrazó la vida anacorética en su juventud, y fundó luego un monasterio cenobítico en los alrededores de Nicópolis, en Palestina, hacia mediados del siglo V. Su santidad y sus milagros lo hicieron célebre, pero él se distinguió también por su firme adhesión a la fe ortodoxa. Con san Eutimio fue, en efecto, uno de los pocos abades palestinos en aceptar el Concilio de Calcedonia y rehusarse a reconocer el obispo intruso de Jerusalén: Teodosio” (*Sentences*, p. 70).

Abba Geroncio: Se trata de un monje de Petra de quien no conocemos sino una sentencia, y no de *abba Geroncio* quien fuera, en la primera mitad del siglo V, capellán de santa Melania en el Monte de los Olivos y más tarde su biógrafo (cf. *Sentences*, p. 75).

Abba Gregorio el Teólogo: nació hacia 329/330, en Nacianzo o en Arianzo (una aldea próxima al lugar donde su familia tenía propiedades). Su madre era cristiana, en tanto que su padre -Gregorio el anciano- se convirtió y fue elegido obispo de Nacianzo poco antes de nacer Gregorio. Gregorio frecuentó las escuelas de Cesárea de Capadocia, Cesárea de Palestina, Alejandría y Atenas, donde se relacionó con Basilio. Regresó a Capadocia hacia 358, recibió el bautismo probablemente ese mismo año y decidió consagrarse a la “filosofía monástica”, pero sin decidirse a dejar su familia para unirse a Basilio, con excepción de breves períodos. Su padre lo mandó llamar en 361 y lo ordenó sacerdote, a pesar de no ser ese su deseo; aunque intentó escapar de su nueva responsabilidad, huyendo junto a Basilio, regresó para Pascua del 362. En el 372, san Basilio, como parte de su plan de política religiosa, lo obligó a aceptar la sede episcopal de Sásima, una estación postal a la que Gregorio, profundamente dolido por la maniobra de su amigo, se negó a trasladarse. En 374, tras la muerte del padre (su madre, Nonna, falleció poco después), administró por poco tiempo la diócesis de Nacianzo, en espera de la designación del nuevo obispo, pero se retiró en seguida a Seleucia de Isauria. Con la muerte del emperador Valente (378), los nicenos cobran nuevas esperanzas de prevalecer. La sede de Constantinopla estaba en manos de los arrianos desde el 351; para reagrupar la pequeña comunidad ortodoxa, según la línea trazada por Basilio (que ya había fallecido), se recurrió a Gregorio, que puso su sede en un pequeño santuario: la *Anástasis*. En 381, el emperador Teodosio convocó un concilio en Constantinopla (el concilio que luego será catalogado como segundo ecuménico), en el que no estuvo representado el papa Dámaso. El obispo Melecio de Antioquia, que lo presidía, procedió a regularizar la situación canónica de Gregorio en la sede constantinopolitana. Pero poco después murió repentinamente, y entonces Gregorio, elegido como presidente del concilio, mostró su desacuerdo con la fórmula de fe que se proponía. Propugnaba una declaración inequívoca de la

divinidad y de la consustancialidad del Espíritu Santo. Un problema espinoso era la sucesión del fallecido obispo de Antioquía. Gregorio propuso el reconocimiento de Paulino para la sede, pero no hubo consenso. Y la llegada de los obispos de Egipto y Macedonia no hizo sino encender las disputas. Se llegó a poner en duda la situación del mismo Gregorio en Constantinopla. Éste, que buscaba una ocasión para renunciar, no tardó en comunicar su dimisión al emperador. Al cabo de dos años pasados en Nacianzo, donde continuó administrando esa Iglesia, hizo elegir como obispo a su primo Eulalio (383), y se retiró definitivamente a su propiedad de Arianzo. Murió posiblemente en el año 390.

Abba Heraclio (o: Heráclides – *Herakleides*): vivió algún tiempo en Escete con el abad Agatón. El único apotegma que conocemos “es típico de la manera en que, en la tradición *apotegmática*, una anécdota antigua es utilizada de nuevo por un anciano para dar una lección a un hermano” (*Sentences*, p. 104).

Abba Hiperequio: “El abad Hiperequio (*Yperéchios*) es un ilustre desconocido del siglo V, que compuso una célebre recopilación de sentencias...” (*Sentences*, p. 316).

Abba Isaac, presbítero de Las Celdas: “fue en su juventud discípulo de *Abba Cronio*, probablemente en Nitria, y más tarde de *abba Teodoro* de Fermo. No se sabe cuándo llegó a ser sacerdote de Las Celdas. Paladio (*Diálogo sobre la vida de san Juan Crisóstomo*, 17) habla de un Isaac, discípulo de Cronio, que habría sido del grupo de los monjes origenistas exiliados por Teófilo en el año 400. Isaac vivía todavía después de la primera devastación de Escete en 407...” (*Sentences*, p. 139).

Abba Isaac el Tebano: «No es seguro que los dos apotegmas que se conservan en la CAG sean del mismo Isaac. Solamente en el primero es apodado “el Tebano”...» (*Sentences*, p. 155).

Abba Isaías: “Hay que distinguir varios Isaías, en particular aquel que es llamado de Escete o Gaza y que, en la segunda mitad del siglo V, coleccionó apotegmas y es el autor de *Discursos ascéticos* (*Logoi*). También se conocen otros dos, citados en la *Historia Lausíaca* (cap. 14) y la *Historia monachorum* (cap. 11 del griego, o cap. 10 del texto latino)... La existencia de un Isaías, en el año 363, está atestiguada por la *Epístola de Ammón*, que lo menciona entre “los santos anacoretas de Escete” (SCh 387, pp. 51-52).

Abba Isidoro: «Isidoro significa “don de Isis”, y era un nombre muy utilizado en Egipto» (*Sentences*, p. 150). En los apotegmas de la CAG encontramos al menos tres *Abbas* con este nombre: Isidoro, Isidoro, presbítero de Escete, e Isidoro de Pelusio. El primero (*abba* Isidoro) «fue uno de los personajes importantes de Escete durante la segunda mitad del IV. Hay que distinguirlo de Isidoro el Tebano, cenobita (cf. *Historia monachorum in Aegypto*, 17 y Sozomeno, *Historia Eclesiástica*, 6,28), de Isidoro el Hospedero de Nitria (cf. Paladio, *Historia Lausíaca*, 1; tal vez éste sea Isidoro “presbítero de los anacoretas”, citado por la *Carta de Ammonas*.) y de Isidoro de Pelusio (que murió hacia 435). Nuestro Isidoro ejerció el ministerio sacerdotal en Escete (cf. Isidoro 1; Carion 2; Pastor 44) antes que Pafnucio ocupara su puesto (cf. Casiano, *Conferencias*, 17,15,3) y después que Macario se retirara al “desierto interior” (cf. Macario 3). Casiano, que vivió en Escete en el grupo de Pafnucio -sucesor de Isidoro-, subraya la *gratia singularis* que le permitía expulsar los demonios y ejercer su función de *Abbas* et presbyter (cf. Casiano, *Conferencias*, 18,15,7 y 16,3). Tal era, en efecto, su señal distintiva, de la cual la tradición ha conservado varios ejemplos. Paladio relata cómo supo curar a Moisés el Etíope agobiado, al comienzo de su renuncia, por las tentaciones de fornicación (cf. *Historia Lausíaca*, 19 y Moisés 1). Los apotegmas resaltan con insistencia sus cualidades de padre espiritual (cf. p. ej.: Isidoro 1 y 10; Pastor 44, etc.). Es difícil precisar las fechas de su vida. Según Rufino, se contaba entre los monjes célebres de Egipto hacia 370-375 (*Historia Eclesiástica* 2,4 y 8; PL 21,511B y 517B). Tal vez, estuviera entre aquellos que fueron expulsados a Palestina por el arriano Lucio. Un apotegma nos lo muestra llamándose a la humildad al compararse con Antonio y Pambo de Nitria, ya muertos en esa época (por tanto no antes de 375; aunque la muerte de Pambo es incierta...). Hizo también el viaje de Escete a Alejandría para consultar a Teófilo, por lo que vivía todavía en 386. Ciertamente murió antes de 399, cuando estalló la querrela antropomorfitas, puesto que fue su sucesor, Pafnucio, quien hizo aceptar la *Carta festal* de Teófilo (cf. Casiano, *Conferencias*, 10,2)» (SCh 387, pp. 57-59).

Abba Isidoro el presbítero: ver la noticia precedente.

Abba Isquirión: “Poco se sabe de él. Rufino atestigua su existencia ‘*in Apeliote*’ (localidad desconocida), hacia 375 (*Historia Eclesiástica*, II,8; PL 21,517 B). El apotegma a él atribuido nos muestra que profetizó, en Escete, sobre las generaciones venideras, pero sin dar otras indicaciones que permitan conocer mejor su personalidad” (SCh 387, p. 57).

Abba José de Panefo: “La ciudad de Panefo o Panephrisis está situada en la parte oriental del delta del Nilo. Casiano describe esa región que él visitó y donde encontró a un cierto abad José que puede identificarse con el de los apotegmas (*Conferencias*, 11,3). Originario de Thmuis y proveniente de una ilustre familia (*Conferencias*, 16,1), este José habría transmitido a Casiano las enseñanzas presentadas en las *Conferencias* 16 y 17...” (*Sentences*, p. 142).

Abba José el Tebano: Nada sabemos de este *Abba*.

Abba Juan Casiano: habría nacido entre 360 y 368 en la provincia romana de *Scythia minor*, actual Rumania, región de conjunción de las culturas griega y latina. Algunos estudiosos, por el contrario, sitúan el lugar de su nacimiento en la Provenza. Según parece sus padres eran cristianos y, sin duda, recibió una buena formación humanística. Su conocimiento del griego era bastante bueno y durante su estadía en Oriente llegó a perfeccionarlo. Joven todavía, hacia 378 o 380, Casiano abandonó probablemente su patria y junto con su amigo Germán se dirigió a Palestina. Cuando llegó a Jerusalén, se detuvo poco tiempo en la ciudad, y con Germán se dirigió a un monasterio de Belén “situado no lejos de la cueva donde nuestro Señor Jesucristo se dignó nacer de la Virgen” (*Instituciones* 4,31); allí se hicieron monjes y recibieron los rudimentos de la vida cenobítica. En Belén habría pasado dos años. Por estas fechas, el abad Pinufio, habiendo dejado Egipto, se dirigió a Palestina con el deseo de “permanecer oculto si se trasladaba a aquellos países donde la fama de su nombre no había llegado todavía” (*Instituciones* 4,31), y habitó en el monasterio betlemita, por poco tiempo, con los hermanos. Probablemente influido por esta visita, Casiano solicitó permiso para emprender un viaje por los desiertos egipcios. En Egipto recorrió primero el desierto de Panéphysis, trasladándose después a Diolcos. Después de visitar Diolcos, Casiano y Germán regresaron a Panéphysis, pero finalmente optaron por dirigirse al desierto de Escete donde se instalaron por largo tiempo junto a algunos ancianos célebres. Sin embargo, esto no les impidió visitar los desiertos de Nitria y Las Celdas. Después de siete años de permanencia en Escete, Casiano tal vez volvió a Palestina por un breve lapso para visitar a sus antiguos hermanos del monasterio de Belén, y retornó a Egipto en 386 ó 387. En el año 399, se produjeron las *controversias origenistas*, una verdadera polémica entre Teófilo, arzobispo de Alejandría, y los monjes, suscitada por una carta de aquél contra los *antropomorfitas*. Dicha controversia, que agitó sobremedida los ambientes monásticos, terminó con la expulsión de los origenistas (partidarios y seguidores de las doctrinas de Orígenes de Alejandría). Casiano entonces abandonó Escete. Atraído posiblemente por la fama de

Juan Crisóstomo, Casiano se instaló en Constantinopla, donde aquél había recibido a los “origenistas” que habían tenido que abandonar Escete. En 404, fue ordenado diácono por el Crisóstomo: “Fui admitido al sagrado ministerio por el Obispo Juan, de feliz memoria, y consagrado a Dios...” (cf. *Sobre la Encarnación del Señor*, Prefacio, 1). Las noticias que poseemos sobre Casiano hasta 415 son escasas. En Constantinopla se dedicó al servicio de la Iglesia de la ciudad (*Sobre la Encarnación del Señor* 7,31,4-5), y es factible que en 404 haya partido hacia Roma, llevando una carta del clero de Constantinopla dirigida al Papa Inocencio I, alertándolo sobre las intrigas que se tejían contra Crisóstomo. Durante este período recibió la ordenación sacerdotal y se relacionó íntimamente con el futuro papa León Magno, quien era a la sazón archidiacono de la Iglesia de Roma. Todo esto nos indica que probablemente Casiano pasó entre diez y quince años inmerso en las cuestiones eclesiales de su tiempo. La última etapa de la vida de Casiano se desarrolla en la Galia. En 415 o 416, llegó a la Provenza, y lo encontramos más tarde en Marsella donde se establece y funda dos monasterios: uno masculino y otro femenino. Se los suele identificar como los de San Víctor y San Salvador, respectivamente. Toda su producción literaria es obra de madurez. Animado por el obispo Cástor compuso entre los años 418-420 las *Instituciones Cenobíticas*; entre 420 y 430 las *Conferencias Espirituales* (o *Colaciones*). Estas son sus obras más importantes. En el 430, a pedido de su amigo León, futuro obispo de Roma (León el Grande), redactó su tratado *De la Encarnación del Señor contra Nestorio*. Juan Casiano falleció en Marsella hacia 434 o 435.

Abba Juan Colobos: «El caso de Juan Colobos (*Kolobòs*: el Enano) es extraordinario. Entre los numerosos Juan mencionados en nuestras fuentes, ocupa un lugar privilegiado, porque le son atribuidos 47 apotegmas; y se subraya el lugar eminente que ocupaba en Escete: “¿Quién es Juan, exclamaba uno de los padres (que podría ser *abba* Elías), que por su humildad tiene a todo Escete suspendido de su dedo pequeño?” (Juan Colobos 36; cf. Elías 2). Y con todo en este abundante lote de sentencias se buscarían en vano indicaciones que nos permitieran trazar una biografía, aunque más no fuere aproximativa. La primera pieza de su *dossier* relata que se fue a vivir junto a un anciano tebano que le enseñó la obediencia obligándolo a regar cada día una madera seca, que al cabo de tres años echó raíces y dio frutos. Es la única información que los apotegmas nos transmiten sobre su juventud monástica. Lamentablemente, sabemos que no solamente el tronco no dio frutos, sino que también el héroe de la historia no era Juan Colobos sino Juan de Licópolis, como lo testimonia más fidedignamente Casiano (*Instituciones* 4,24,2-4; cf. SCh 109, pp. 156-157). Pero poseemos una *Vida* de Juan Colobos, en copto, del final del siglo VIII,

escrita por Zacarías el Escolástico (cf. E. Amelineau, *Histoire des monastères de la Basse-Égypte*, Paris, Ernest Leroux, 1894, pp. 316-410 [Annales du Musée Guimet, XXV]). Aunque diciendo que se inspira mucho en los apotegmas (“Sabemos con exactitud lo que buscamos con rectitud por el Libro de los santos Ancianos... ese libro al cual se le llama Paraíso” [p. 322]). En efecto, hemos identificado más de la mitad de las piezas del dossier de Juan Colobos; además, Zacarías le atribuye otros pertenecientes a diferentes monjes, por ejemplo, de la serie alfabética: Amoes 1 y 3; Juan el Tebano 1; Moisés 4; Zacarías 3; *Anónimo* N 27), ofrece datos precisos que no se encuentran en otras fuentes. Incluso si el carácter histórico de este panegírico debe ser tratado con precaución, podemos buscar en él elementos biográficos. Este panegírico fue pronunciado el día aniversario de la muerte de Juan, hecho que se menciona dos veces (Amelineau, op. cit., pp. 316 y 401): el vigésimo día de *Paophi*, es decir el 17 de octubre, un domingo. Esta indicación puede considerarse segura. ¿Pero de qué año? En el período posible, el 17 de octubre cayó domingo en dos ocasiones: 398 y 409. ¿Con cuál quedarse? Poimén (o Pastor), que ha conservado varias anécdotas que le conciernen (cf. Pastor 46, 74 y 101; Juan Colobos 13), parece que pudo frecuentarlo en Escete. Ahora bien, Pastor dejó Escete antes de la primera invasión bárbara en 407, siendo todavía joven (cf. apotegma Anoub 1. La *Vida* señala asimismo que Juan abandonó Escete para ir a Clysma [en el golfo de Suez] por causa de los bárbaros [pp. 390-391]). Por lo que es difícil que Pastor haya conocido a Juan antes de 398. Pensamos, por tanto, que puede situarse la muerte de Juan Colobos con suficiente certeza el 17 de octubre de 409. Los demás datos de la *Vida* los proponemos bajo reserva, ya que no se pueden verificar con otras fuentes. Murió entonces en 409, a la edad de setenta años, habiendo nacido en 339-340. A los 18 años, en 357-358, fue a Escete, donde Amoes le dio el hábito. Poco tiempo después Amoes se enfermó, y Juan lo cuidó durante doce años (cf. Amoes 3). Después de la muerte de su anciano (¿hacia 375?), vivió como anacoreta. Pero muy pronto se le unieron algunos discípulos. La *Vida* indica que fue ordenado sacerdote (p. 368; el contexto deja entender que esto sucedió muy tarde); los apotegmas no hablan de ello, aunque varias anécdotas permiten suponerlo (cf. Juan Colobos 8 y 46). Pero lo que los apotegmas muestran claramente es la fuerte personalidad de Juan y su actividad como padre espiritual de su entorno» (SCh 387, pp. 66-68).

Abba Juan discípulo de *abba* Pablo: Nada sabemos de este *abba*.

Abba Juan el Tebano: a este Juan su maestro, Amoes, lo consideraba un monje fiel (Amoes 3; cf. *Sentences*, p. 154).

Abba Juan el Tebano o de la Tebaida: en la CAG, según la edición de Cotelier, este *Abba* está unido a Juan de Las Celdas (cf. PG65,233C-D), y no es otro que el célebre Juan de Licópolis, como lo muestra la confrontación con la *Historia monachorum in Aegypto*: «Por tanto, hijos, les he enseñado esto para que primeramente ejerciten la humildad, tanto si creen que están entre los pequeños, como entre los grandes, porque este es el primer mandamiento del Salvador que dice: “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos”» (1,59); cf. *Detti*, p. 479, nota 73.

Abba Longino: “Según el martirologio que se lee en la liturgia árabe (*Synaxario* o *Sinasario*), Longino era originario de Cilicia. Después de pasar un tiempo en Siria, fue a Enatón, donde se distinguió por su oposición al concilio de Calcedonia [año 451]...” (*Sentences*, p. 170).

Abba Lucio: “... era compañero de Teodoro del monasterio de Enatón. Su diálogo con los mesalianos o euquitas muestra cuánto valoraban los antiguos monjes, fueran o no mesalianos, realizar el precepto de la oración continua” (*Sentences*, p. 168). Los mesalianos (hombres de oración, palabra siríaca) o euquitas (su equivalente griego) eran enemigos del trabajo y de la disciplina regular. Su representante más conocido fue Macario/Siméon, cuya obra *-Asceticón-* fue condenada en el concilio de Éfeso (año 431).

Abba Macario (el Egipcio): «Es conocida la complejidad del problema macariano. Las fuentes hablan abundantemente de dos Macarios contemporáneos, el Alejandrino y el Egipcio, sin que sea siempre posible distinguir lo que le concierne a uno o el otro (cf. Antoine GUILLAUMONT, *Le problème des deux Macaire dans les “Apothegmata Patrum”* en *Irénikon* 48 [1975], pp. 41-59). Aquí nos interesa sólo el segundo, de quien Casiano nos dice que fue el fundador de Escete (Conferencias, 15,3,1). Su biografía puede establecerse de la siguiente manera: nació hacia el año 300, siendo de origen modesto, un camellero ocupado en el transporte de nitro (Macario 31). Hacia 330, se retiró a una celda en las afueras de un pueblo del Delta. Rechazó la cléricatura y se fue a otra población, donde soportó la calumnia, partiendo después para instalarse en Escete (lugar que sus viajes transportando nitro [o salitre] le habían dado la oportunidad de conocer; cf. Macario 1). Entre 330 y 340 fue a visitar al menos una vez, si no dos, a Antonio (Macario 4 y 27). Hacia 340, tal vez por consejo de Antonio, aceptó ser ordenado sacerdote (*Historia Lausiaca*, cap. 17), afirmándose como el padre espiritual de los hermanos que se habían reunido en torno

suyo. Después de 356 (muerte de Antonio), Sisoos, uno de los más célebres de sus discípulos, deja Escete, ya muy poblado (Sisoos 28): es el fin de la que proponemos llamar “primera generación”. Otros discípulos, siempre más numerosos, tomaron la posta. En 373-375, Macario sufrió el exilio, al igual que su homónimo, por obra del arriano Lucio, a una isla del Delta, donde convirtió a los habitantes (Sócrates, *Historia Eclesiástica*, 4,23). De regreso a Escete su reputación siguió creciendo; los discípulos seguían afluyendo: le llevaron un paralítico para que lo curara (Macario 15). Poimén de Pispir, antiguo discípulo de Antonio, le imploró una palabra (Macario 25; este Poimén es aquel que menciona Rufino, *Historia Eclesiástica*, 2,8, y que interviene en el apotegma Antonio 4 y en el apotegma Amún de Nitria 2, y nada tiene que ver con su homónimo del siglo V). Dos jóvenes extranjeros que habían oído hablar de él le manifiestan su deseo de vivir en su proximidad (Macario 33)... Y es recibido con mucha deferencia en el centro monástico de Nitria (Macario 2 y 34). Murió en Escete hacia 390, a la edad de casi 90 años. Tal fue el fundador de Escete, de quien los testimonios subrayan unánimemente la aptitud excepcional para ayudar a los demás. Había recibido, según la *Historia Monachorum in Aegypto*, el don permanente de la *cardiognosis*, es decir el conocimiento de las ilusiones que el demonio podía formar en el corazón de los hermanos (PL 21,455 A). Casiano recuerda también su *discretio* en tres de los cinco episodios que narra sobre él (*Instituciones*, 5,41; *Conferencias*, 6,12,3; 24,13,1-4). Y Paladio añade: desde su juventud monástica había recibido el don de discernimiento; pero como ese don es normalmente una prerrogativa de los ancianos, por eso lo llamaban el *paidariogéron*, el niño-anciano (*Historia Lausíaca*, cap. 17)...» (SCh 387, pp. 47-49). Cf. *Historia Monachorum in Aegypto*, caps. 21 y 23 [del griego], o caps. 28-29 [del latín: PL 21,449C-455C]; *Historia Lausíaca*, cap. 17; Juan Casiano, op. cit. Las informaciones de los historiógrafos no son siempre muy confiables (cf. Rufino, *Historia Eclesiástica*, 2,4; Sócrates, *Historia Eclesiástica*, 4,23-24; Sozomeno, *Historia Eclesiástica*, 3,14 y 6,20).

Abba Macario el Ciudadano: “Nacido al final del siglo III, como su homónimo el Egipcio, fue llamado más tarde el Ciudadano porque era originario de la ciudad de Alejandría, y puede que también porque tenía costumbres amables y buenos modales. Comerciante de dulces en su juventud, parece haber conservado toda su vida los modos que todavía hoy se ven en los jóvenes vendedores que pueblan las calles del Cairo: gentileza, alegría, cierta despreocupación, pero también aplomo y elegancia. Macario se convirtió y fue bautizado hacia el 330, después se hizo monje en Nitria. Más tarde tuvo también una celda en Escete, pero residía sobre todo en el desierto de Las Celdas donde recibió el sacerdocio. Murió casi centenario en 393 o 394” (*Sentences*, pp. 206-207).

Abba Marcos: Marcos el Monje (mejor que el Ermitaño) habría actuado entre el fin del s. IV y la primera mitad del s. V (o entre la segunda mitad del s. V e inicios del VI). Geográficamente se lo puede localizar en Egipto y/o Palestina. Escribió varias obras ascéticas y teológicas, pero sin que pueda afirmarse categóricamente la unidad de autor para todas ellas.

Abba Marcos, discípulo de *abba Silvano*: en el siglo V, fue discípulo del gran Arsenio (cf. Arsenio 13 y 22). Los apotegmas que le conciernen exaltan su práctica de la obediencia. Y sabemos que estaba fuertemente unido a Escete y a Silvano (cf. SCh 387, p. 62).

Abba Marcos el Egipcio: “El capítulo 18 de la *Historia Lausiaca* habla de un joven asceta llamado Marcos que participaba en la Eucaristía de Macario de Alejandría. Es posible que sea este mismo abad Marcos el Egipcio, a quien vemos aquí viviendo como recluso en su celda y a quien un sacerdote iba a celebrarle la Misa” (*Sentences*, p. 205).

«*Abba Matoes* (o: *Matóes*): habitó por algún tiempo en Raithu, la actual El Tor, en el Sinaí. Un viaje a la región de Magdolos le valió ser ordenado sacerdote, pero, por humildad, nunca quiso celebrar la Misa. Porque “cuando más uno se acerca a Dios, más pecador se reconoce”. Doroteo de Gaza citó y comentó dos veces esta sentencia del abad Matoes» (*Sentences*, pp. 194-195).

Abba Megethio (o: *Meghetios*): se conocen dos personajes con este nombre. Uno de ellos es llamado el Grande o el Anciano; el otro es llamado “el segundo”, y habría vivido en el Sinaí, “después de haber estado en contacto con Sisoos y Pastor (*Poimén*). Ningún otro detalle se nos da que permita situar de modo más preciso a los dos *Megethios*” (*Sentences*, p. 203).

Abba Milesio: Sólo sabemos que fue masacrado, junto con sus dos discípulos, por los hijos del rey de Persia. Es probable que previamente haya sido monje en Egipto. En todo caso, aún vivía antes del siglo VI (cf. *Sentences*, p. 200).

Abba Miós: Posiblemente estuvo activo a inicios del siglo V (cf. *Sentences*, p. 204).

Abba Moisés: «es necesario distinguirlo de Moisés el solitario que hacia 375 se convirtió en el primer obispo de los sarracenos (Sócrates, *Historia Eclesiástica*, 4,36;

Sozomeno, *Historia Eclesiástica*, 6,38), así como también de Moisés el Libio, monje de Nitria (Paladio, *Historia Lausíaca*, cap. 39; Sozomeno, *Historia Eclesiástica*, 6,29; Rufino, *Historia Eclesiástica*, 2,8)... Es probable que Moisés de Calama (Casiano, *Conferencias*, 3,5,2 y 7,26,2. 27) y Moisés el Etíope, antiguo ladrón (Paladio, *Historia Lausíaca*, cap. 19; Moisés 1-18), sean todos un personaje: Moisés de Escete, el interlocutor de las dos primeras *Conferencias* de Casiano. Algunos aspectos de la vida de Moisés pueden establecerse con suficiente certeza. Ante todo su muerte: habiendo rehusado huir ante la llegada de los bárbaros, fue asesinado por éstos cuando devastaron Escete (Moisés 10). ¿Pero en qué fecha sucedió esa devastación?... Las fuentes invitan a ubicarla en 407, y no en 395 o 396. Esta probabilidad parece sostenerse en: a) Casiano, que dejó Escete hacia 399/400, y no hace la menor alusión a la muerte de Moisés (como tampoco de una invasión a Escete); b) Paladio, que salió de Egipto por la misma época, menciona ciertamente la muerte de Moisés, pero en una especie de agregado después de la noticia concerniente a éste (*Historia Lausíaca*, cap. 19). Este agregado tiene en cuenta una información recibida después de su salida de Egipto; c) la fecha de 395 chocaría aquí con una imposibilidad. Un apotegma relata, en efecto, que un hermano fue a visitar sucesivamente a dos celebridades de Escete: Arsenio y Moisés (Arsenio 38). Pero Arsenio no pudo comenzar con su “renuncia” antes de 394-395. Se puede entonces considerar seguro que Moisés murió en 407. Tenía entonces 75 años, y por tanto habría nacido hacia 332. La primera parte de su vida fue muy desgraciada. De origen “etíope”, es decir de piel negra, fue expulsado por el señor a cuyo servicio estaba por causa de sus muchos robos. Incluso mató a un hombre y se hizo jefe de bandidos. Tocado de compunción, se convirtió a la vida monástica en una fecha que no se puede precisar (el color de su piel y su origen marcarán su existencia y lo forzarán a una humildad heroica; cf. Moisés 3, 4 y 8). A partir de su conversión vivió una profunda evolución espiritual, a juzgar por dos hechos: joven monje, fresca aún su experiencia anterior, encadenó a cuatro ladrones y los condujo a la iglesia para que los padres le dijeran qué hacer (Paladio, *Historia Lausíaca*, cap. 19); y, el último día de su vida, a quienes le aconsejaban huir de los bárbaros, les respondió: “¡Después de tantos años que esperaba por este día!” (Moisés 10). Dos acontecimientos importantes parecen haber marcado su vida escetiota: su ordenación sacerdotal (Moisés 4) y su retiro del centro de Escete hacia la soledad de Petra (desierto más interior que Escete, considerado como excepcionalmente árido...; cf. Geroncio 1; Sisoés 23 y 26), aconsejado por Macario, a fin de poder gozar de un mayor recogimiento (Moisés 13 y Macario 22). Sus dos maestros fueron Macario el Grande primero, y después Isidoro el Presbítero. Los apotegmas nos lo muestran también relacionado con Silvano y con el joven Zacarías (cf. Silvano 11; Zacarías 2, 3 y 5), hijo de Carión. Por otra parte, muchas palabras de Moisés nos han sido

conservadas por Pastor (= Poimén), que sin duda tuvo la ocasión de conocerle durante los años que precedieron a la devastación de Escete (Moisés 12, Zacarías 5, Pastor 166)...» (SCh 387, pp. 68-70).

Abba Motios: Al parecer este *Abba Motios* no sería otro que Matoes. Habría vivido en los parajes de Heraclea, y Matoes estuvo en la región de Magdolos, cerca de Heraclea. “Otra coincidencia curiosa: Matoes y su discípulo fueron ordenados sacerdotes; Motios y su discípulo fueron ordenados obispos. ¿No habrá una confusión entre las dos órdenes?” (*Sentences*, pp. 201-202).

Abba Nesteros el Cenobita: “Ignoramos dónde se encontraba el monasterio de cenobitas en el que vivía este Nesteros, conocido de Pastor (*Poimén*)...” (*Sentences*, p. 211).

Abba Nesteros el Grande: entre los diferentes personajes así llamados se encuentra éste Nesteros (*Nisterōs*) el Grande, amigo de san Antonio. Se lo menciona explícitamente en los dos primeros apotegmas de la CAG. Para los otros de la misma colección, la atribución es menos segura, en tanto que el anteúltimo de esa serie no puede ser de él, porque se habla en pasado de la vida del abad Arsenio (cf. *Sentences*, p. 209).

Abba Netras: “es, como Marcos, uno de los doce discípulos de Silvano (cf. apotegma Marcos 1). Cuando llegó a ser obispo de Farán, en la península sinaítica, se trataba más duramente que cuando era monje. Sabemos que el abad Apphy, que fue obispo de Oxyrrynco, quiso conservar también la austeridad de su vida monástica, pero no lo logró (apotegma Apphy 1)” (*Sentences*, p. 213).

Abba Nilo: “Bajo el nombre de Nilo se han conservan sentencias de Evagrio... Nilo fue discípulo de san Juan Crisóstomo y superior de un monasterio en Ancira (Galacia), a comienzos del siglo V” (*Sentences*, p. 208).

Abba Olimpio: “... El abad Olimpio de Escete era un antiguo esclavo muy humilde y dotado de gran discernimiento”. Olimpio de Las Celdas, nombrado en el apotegma del capítulo quinto de la CSG (número 50), es sin duda un personaje diferente (*Sentences*, p. 217).

Abba Or: “Este era un nombre bastante común. Hay un *abba Or* en Nitria, al que Melania pudo ver en 374 (*Historia Lausíaca*, cap. 9); otro en la Tebaida, hacia

395, que de ermitaño pasó a superior cenobita (*Historia monachorum in Aegypto*, cap. 2; Sozomeno, *Historia Eclesiástica*, 6,2); y otro, eunuco, en el monasterio de Pbau, a mediados del siglo IV (*Epístola de Ammonas*, 26). La existencia de un abad Or en Escete, en vida de Sisoos, está bien atestiguada (Sisoos 28), sin que se pueda saber si los apotegmas que se le atribuyen..., le pertenecen realmente” (SCh 387, p. 52).

Abba Orsio (u Orsesio): “Fue el segundo sucesor de san Pacomio al frente de la *Koinonía*. Gracias a los extractos de sus catequesis introducidas en las diversas colecciones, la tradición pacomiana está representada en los apotegmas...”. Murió después del año 387 (cf. *Sentences*, p. 218).

Abba Pablo: Numerosos son los “Pablos” mencionados en los apotegmas, el P. Guy había elaborado una lista, que podríamos llamar básica, con al menos 13 monjes con dicho nombre (cf. SCh 387, pp. 53-54). Este fue “monje en la Tebaida, originario del Bajo Egipto, y no debe confundirse con el célebre Pablo de Tebas de quien san Jerónimo escribió la vida” (*Sentences*, p. 273).

Abba Pablo: «originario de Galacia, este Pablo llamado “el Grande” es sin embargo desconocido fuera de los apotegmas» (*Sentences*, p. 274).

Abba Pablo el Cosmeta: “Pablo y su hermano Timoteo eran *cosmetas* en Escete. ¿Cuál era su trabajo que les provocaba tales dificultades? Probablemente se desempeñaban como peluqueros, ya que los monjes egipcios usaban generalmente el cabello corto, y no tenían forma de cortárselo a sí mismos” (*Sentences*, p. 273). Cf. *Historia monachorum in Aegypto*, cap. 8,59: *abba* Apolo «reprochaba muchas cosas a los que llevaban cadenillas de hierro y el pelo largo: “Éstos hacen ostentación”... y buscan agradar a los hombres, siendo más necesario para ellos debilitar el cuerpo con ayunos y practicar el bien ocultamente. Por el contrario, éstos no lo hacen, sino que se ponen a sí mismos a la vista de todos”». Sin embargo, dada la escasez de testimonios es difícil establecer qué clase de trabajo fuera el de *cosmeta*, o bien “decorador, ordenador o ayudante de cámara” (*kosmetes* o *kosmites*). Muchos traducen el término con el de “barbero” o “peluquero”, pero esta interpretación no es demasiado convincente, ya que el corte de los cabellos no debía ser algo habitual y difícilmente podía mantener ocupadas a dos personas un día entero, incluso considerando la posibilidad de una comunidad numerosa y los huéspedes de paso. Tal vez, el vocablo se utilizaba para designar al encargado de la limpieza, o a un embalsamador; también podría pensarse en el trabajo de curador-encuadernador de manuscritos, como lo atestigua una carta

del ambiente egipcio de los siglos V-VI (Luigi D'Ayala Valva, *Detti. Collezione sistematica*, Comunità di Bose, Qiqajon, 2013, p. 385, nota 85 [*Padri della Chiesa: volti e voci*]).

Abba Pablo el Simple: “La vocación de Pablo el Simple es contada detalladamente en la *Historia Lausíaca*, cap. 22, y en la *Historia monachorum in Aegypto*, cap. 24. Pero ignoramos el origen del apotegma en que se narra cómo el santo anciano tenía el don de ver el estado de las almas y los demonios” (*Sentences*, p. 275).

Abba Pacomio: Pacomio nació hacia el año 292, en Sneh o Snê (Latópolis en griego), en la región del sur de Tebas, a la orilla del Nilo. Sus padres eran paganos, probablemente campesinos de buena posición. Cuando los acontecimientos de la historia le presentaron la primera exigencia de su vida, al ser obligado a incorporarse al ejército imperial (años 312-313), su sensibilidad espiritual le permitió reconocer en un grupo de cristianos caritativos, que auxiliaba a los pobres reclutas, algo más que un ejemplo digno de admiración. Para Pacomio aquel testimonio cristiano de caridad adquirió la fuerza de una inspiración divina, que lo impulsó a consagrarse al servicio de los hombres. Al ser liberados los reclutas del servicio militar, en Antinóe (=Antinópolis), Pacomio dio el primer paso en “el nuevo camino”, haciéndose bautizar en la población de Senesêt (Chenoboskeîon, en griego: “corral de los gansos”). Debía tener en ese momento alrededor de 21 años. Durante los tres años siguientes a su bautismo, Pacomio vivió como laico, sirviendo a una comunidad. Pareciera que estos años fueron un período de maduración de su conversión, realizada de manera tan repentina. Le surgió, entonces, una nueva inquietud. La vida de “laico consagrado” al servicio del prójimo ya no llenaba sus aspiraciones. Sentía que no podía transmitir el mensaje de Dios a los hombres sin una profunda comunión con Dios. Y pensaba que para ello necesitaba una honda experiencia de soledad.

No lejos de donde moraba Pacomio tenía su celda *abba* Palamón: un hombre rudo, de “lenguaje conciso”, con aquel rigor propio de los anacoretas que, guiados por el Espíritu de Dios y por la asidua meditación de las santas Escrituras, tenían como una autoridad carismática para discernir las vocaciones y exigir una obediencia total. Pacomio, quizás transparentando el entusiasmo de su reciente conversión, golpeó la puerta de Palamón. Fiel a la tradición monástica, este no se mostró muy acogedor; más bien, prefirió presentarle a Pacomio un cuadro real de las exigencias de la vida solitaria. Pero al final terminó por convencerse de la vocación del nuevo discípulo, quien en su respuesta resumió la disponibilidad de un corazón abierto a las

orientaciones del padre espiritual. Juntos practicaron la vida monástica durante siete años (316-323). Las inquietudes que llevaron a Pacomio a buscar la guía de Palamón -soledad y oración-, las vivió junto al “anciano” de modo intenso, completadas y enriquecidas con el trabajo manual cotidiano y la meditación de las Sagradas Escrituras.

Cierto día al internarse en el desierto, Pacomio se alejó bastante de la celda del anciano Palamón y llegó hasta Tabennesi, un pueblo abandonado. En el silencio de la despoblada aldea, mientras rezaba, escuchó una voz: “Pacomio, Pacomio, lucha, instálate aquí y construye una morada; porque una multitud de hombres vendrán hacia ti, se harán monjes junto a ti y hallarán provecho para sus almas”. Al tomar conocimiento del hecho, Palamón le dijo: «“Puesto que creo que todo esto te viene de Dios, hagamos un pacto entre nosotros, de modo de no separarnos el uno del otro en el futuro, para visitarnos mutuamente, tú una vez y yo una vez”. Y así lo hicieron por todos los días que vivió el verdadero atleta de Cristo, Palamón».

Después de la muerte de Palamón, Pacomio prosiguió con la práctica de la vida solitaria, hasta que un día recibió la visita de su hermano “según la carne”: Juan. Éste deseaba compartir con él la vida monástica. Habitaron, pues, juntos en extrema pobreza, siguiendo una norma rigurosa: lo poco que les sobraba de su trabajo lo distribuían entre los más necesitados. Sin embargo, otra vez intuyó Pacomio que esta fase era nada más que una etapa en la búsqueda del plan de Dios para él. En efecto, la vida solitaria con su hermano no reflejaba suficientemente los signos que Dios había ido colocando en su camino. ¿Cómo aceptar un estilo de vida en el que no se vislumbraba la realización de aquel mensaje que había escuchado: servir a los hombres y conducirlos a la salvación? En este estado de inquietud espiritual lo hallamos, en cierta ocasión, cortando juncos en una isla del Nilo. Mientras oraba, «para conocer la voluntad perfecta de Dios¹, se le apareció un ángel del Señor -como a Manoé y a su mujer se les apareció por el nacimiento de Sansón-, y le dijo: “La voluntad de Dios es que sirvas a la stirpe de los hombres, a fin de reconciliarlos totalmente con Él”; repitiendo esto tres veces, el ángel desapareció». Reflexionando sobre lo sucedido, Pacomio se convenció que realmente aquella era la voluntad de Dios y decidió ampliar su celda, a fin de poder recibir a los que desearan compartir con él y Juan la vida monástica. Pacomio, tal vez demasiado “humilde y complaciente”, tuvo que ver cómo su primer intento de formar una comunidad se evaporaba, porque todos “le trataban con desdén y gran irreverencia”. Todavía esperó un poco, intensificó sus oraciones,

1 Cf. Rm 12,2.

pero cuando comprobó “su endurecimiento y su orgullo” no tuvo más alternativa que echarlos. Aleccionado por este primer fracaso, cuando nuevos candidatos le solicitaron su guía, Pacomio procedió con mayor precaución. Inspirándose en las Santas Escrituras los formó y estableció una organización, que preveía la renuncia a los bienes, a la propia familia, el compromiso a vivir en comunidad, la igualdad en el vestido, el alimento y el sueño². Esto ocurría hacia el año 324/25.

Con la llegada del joven Teodoro, en torno al año 328, se inicia la etapa de difusión del monacato pacomiano. En efecto, el nuevo discípulo de Pacomio devino su “vicario” en la ardua tarea de dirigir espiritualmente a los hermanos, que aumentaban de día en día. De modo que entre, aproximadamente, los años 329 y 340, en dos “campañas”, se fundaron o se incorporaron a la *Koinonía* los siguientes monasterios: Pbow (varones y mujeres), Senesêt (donde probablemente ya había una comunidad), Tmuschons (también existía una comunidad), Tsê, Smin o Shmin, Tbêvê (incorporación), Tesmîne o Tsmine (varones y mujeres), Phnum o Phnoum. Sumando a esta lista la “casa madre”-Tabennesi- tenemos nueve cenobios de monjes y tres de monjas, pues en éste último sitio, Pacomio había edificado un monasterio para su hermana María.

Los últimos años de su vida, los pasó el santo fundador de la *Koinonía*, en el monasterio de Pbow (su residencia desde 336/37), mientras Teodoro quedaba como superior de Tabennesi. Pacomio se preocupaba sobre todo de la instrucción de los hermanos, pero sin descuidar la organización de los monasterios.

La salud de Pacomio comenzó a resentirse en torno al año 344. En el año 346, la peste asoló la región. En los monasterios de la *Koinonía* murieron muchos de los monjes. Pacomio también se enfermó, y entregó su santa alma el catorce del mes Pachón (9 de mayo del 346).

Abba Paladio: nació en Galacia entre los años 363-364. En el 386 se hizo monje y partió para Palestina. Paladio llegó por vez primera a Alejandría el año 388, y se convirtió en discípulo de Isidoro el Presbítero, hospitalario de la Iglesia de Alejandría, quien para ejercitarlo en la ascesis lo confió por tres años a un ermitaño de los alrededores de aquella ciudad: Doroteo el Tebano. Paladio no pudo soportar la ruda vida que éste llevaba y se enfermó antes de cumplirse los tres años. Hacia el

2 “... Vivían en comunidad. (Y Pacomio), estableció para ellos una regla de vida irreprochable y tradiciones provechosas para las almas, tomando de las divinas Escrituras lo relativo al vestido en su justa necesidad, al alimento en igualdad, al dormir con dignidad” (G¹ § 25).

390 ó 391 llegó a Nitria donde pasó un año en compañía de Serapión, Cronio y otros Padres del yermo. De allí marchó a Las Celdas, donde vivió por espacio de nueve años. Fue aquí que conoció al gran Macario el Alejandrino y que se convirtió en un discípulo de Evagrio Póntico. Durante su permanencia en Las Celdas, Paladio aprovechó para visitar numerosos ascetas, en particular el renombrado Juan de Lycopolis (año 394). Tres años después de su visita a Juan de Lycopolis, Paladio vuelve a enfermarse. Los médicos le aconsejan dejar Egipto por el clima más sano de Palestina. Hacia el 399, entonces, Paladio retorna a Palestina, donde permanece por un año con el asceta Posidonio el Tebano, quien parece no se llevaba nada bien con san Jerónimo. Mas tarde hace un breve viaje por Egipto, regresando después a Galacia. Es en este momento que pasa a ser obispo de Helenópolis en Bitinia (Asia Menor). En la primavera del 400 lo vemos junto a san Juan Crisóstomo en Constantinopla, con ocasión de un sínodo encargado de examinar las acusaciones presentadas por Eusebio de Valentinópolis contra Antonino de Éfeso. En primavera del 403 se halla de nuevo en Constantinopla para apoyar a san Juan Crisóstomo en el sínodo que se ha reunido por instigación de los enemigos de éste, en particular Teófilo de Alejandría. Permanece en Constantinopla hasta la deposición de Juan y su condena al exilio. A principios del 405 se refugia en Roma, donde intercede junto con otros por la causa de san Juan Crisóstomo ante el papa Inocencio I. Conseguido el apoyo del obispo de Roma, abandona la ciudad en el mismo año 405 con otros tres obispos orientales y varios occidentales. La delegación así formada, llevando cartas del pontífice, del emperador Honorio y de otros obispos occidentales, no llega a Constantinopla. Es interceptada y Paladio es encarcelado en Athyras de Tracia. Allí pasa once meses en una oscura prisión. Luego el emperador Arcadio lo exilia a Syene en el Alto Egipto, por espacio de dos años. De Syene irá cuatro años a Antinoe en la Tebaida, sin que sepamos por qué causa se cambió su lugar de exilio. Después de la muerte de Teófilo y la rehabilitación póstuma de san Juan Crisóstomo, año 413, Paladio es llamado del exilio pero no vuelve a su sede Helenópolis. Pasa un tiempo en Galacia, tal vez con el presbítero Philoromos. En el 417, o poco antes, es transferido a la sede de Aspona en Galacia Prima. Allí escribe, en el año 419, la *Historia Lausiaca* y la dedica a Lausus (Lauso), miembro de la corte de Teodosio II, amigo de muchos años. En el 431, con ocasión del Concilio de Éfeso, un tal Eusebio firma como obispo de Aspona, Paladio debe haber muerto, pues, entre 420 y 430.

Abba Pambo: “En la *Historia Lausiaca* (cap. 10), Paladio habla sobre todo de la muerte de Pambo, acaecida en el año 373, en presencia de Melania la Anciana. El *abba* tenía entonces 70 años. Había nacido, por tanto, en el 303 y fue uno de los

primeros compañeros de Amún en el desierto de Nitria. Era sacerdote y estuvo en contacto con Antonio y Macario. *Abba Pastor* también lo conoció...” (*Sentences*, p. 262).

Abba Pastor: Las colecciones de apotegmas le consagran a *abba Pastor* (= *Poimén*) un espacio de una amplitud excepcional: la serie alfabética editada por Cotelier contiene 187 (sentencias), a las que hay que añadir una veintena de piezas complementarias que contiene el *alphabeticon* normal y las dieciséis diversas de la colección sistemática. Si se añaden las 21 piezas que se encuentran en las diversas colecciones griegas posteriores (colecciones derivadas), se llega a casi los doscientos cincuenta apotegmas, es decir, un cuarto de la serie alfabética normal. Todavía hay que agregar que *Pastor* es citado en veinticinco apotegmas pertenecientes a otros autores. Estamos entonces ante un conjunto muy considerable. Y, sin embargo, a pesar de esta documentación tan generosa, sabemos muy pocas cosas de su vida... *Pastor* vivió en Escete junto con sus seis hermanos, de los que el mayor se llamaba Anub y otro Paesios. Fue probablemente después de largo tiempo que, al producirse la devastación de Escete, se vieron obligados a huir (cf. Anub 1). Esto sucedió en el año 407. Los siete hermanos fueron juntos a Terenuthis (Anub 1). Este lugar será, según parece, su residencia habitual. Sin embargo, al menos una vez, *Pastor* fue en compañía de Anub a la región de Diolcos. Se sabe asimismo que murió después que Arsenio (+ 449), puesto que lloró al enterarse de su muerte (Arsenio 41). No se puede precisar más el cuadro geográfico y cronológico de su existencia. *Pastor* aparece como el sabio gestor de un tesoro del cual es heredero. Comprendiendo, tal vez, que con la devastación de Escete se daba vuelta una página de la historia, se esforzó por recoger todos los frutos del gran siglo *escetiota*, reagrupando los fragmentos para que no se perdiera nada (cf. SCh 387, pp. 77-79). “Con *abba Pastor* la escuela de la espiritualidad del desierto alcanza verdaderamente su cima y es también con él que el género apotegmático llega a su apogeo” (*Sentences*, p. 220).

*Abba Pedro Pionita*³: “vivió en Las Celdas. Pero pudo haber sido discípulo de *Abba Lot* en Escete. Sin embargo, es poco probable que se identifique con el compañero de Epímaco en Raitu” (*Sentences*, p. 269).

Abba Pior: se habría hecho monje muy joven junto a san Antonio; luego, siguiendo el consejo de éste, se retiró a la soledad entre Escete y Nitria. Vivió

3 O: Pedro el Pionita.

muchos años una vida muy austera y comenzando cada día como si fuera el primero (*Sentences*, p. 266).

Abba Pistamón: Nada sabemos de este anciano, cuyo nombre no aparece en ninguna otra parte (cf. *Sentences*, p. 268).

Abba Pistós: "... La palabra *pistós* era primitivamente no un nombre propio sino un adjetivo para calificar la veracidad del hermano que narra la visita al abad Sisoos..." (*Sentences*, p. 265).

Abba Publio: fue el fundador de un cenobio cerca de Zeugma, sobre el Éufrates (en el camino hacia Constantinopla). Posiblemente murió hacia 360-370 (cf. Teodoreto de Ciro, *Historia eclesiástica*, IV,28,1; *Historia de los monjes de Siria*, 5).

Abba Rufo: "Los dos apotegmas que se le atribuyen (en la CAG) no ofrecen ninguna noticia sobre este anciano desconocido, pero son muy interesantes en cuanto asocian el elogio de la vida solitaria y la obediencia" (*Sentences*, p. 280).

Abba Santiago (o: Jacobo): los apotegmas atribuidos a este *abba* no nos ofrecen ningún dato para identificarlo. "La colección alfabética menciona además un Santiago "de la diaconía" (Juan el Persa 2) y uno (o dos) de Las Celdas (cf. Matoes 5; Focas 1 y 2; Eladio 3)" (*Sentences*, p. 146).

Amma Sara (Sarrah): "Vivió en la época del abad Pafnucio y permaneció 60 años junto a un río, es decir a orillas del Nilo, sin que sea posible dar más precisiones" (*Sentences*, p. 306).

Abba Sarmatas: Un discípulo de san Antonio tenía este nombre, según san Jerónimo (en su traducción del libro II de las *Crónicas de Eusebio*; PL 27,502), y habría sido masacrado por los Sarracenos en 357. Pero es imposible asegurar que sea el mismo Sarmatas de los apotegmas" (*Sentences*, p. 300).

Abba Serapión: "La existencia de un Serapión en Escete está asegurada solamente por Casiano, quien lo describe como aceptando con mucha dificultad la condena del antropomorfismo; era para entonces muy anciano (*Conferencias*, 10,3,1). En otro lugar menciona otro (¿o el mismo?) considerado padre espiritual lleno de discernimiento (*Conferencias*, 2,10,3; 18,11)" (SCh 387, p. 71). Paladio nos

da a conocer otros dos monjes con este nombre: “el sindonita” (*Historia Lausíaca*, cap. 37) y “el nitriota”, o Serapión el Grande (*Historia Lausíaca*, caps. 7 y 46); y la *Historia monachorum in Aegypto* (cap. 18) a un tercero, higúmeno cerca de Arsinoé. Serapión o Sarapión era un nombre común en Egipto.

Abba Silvano: “... Luego de una estadía en Escete cuya duración es imposible de determinar, pero que debió ser muy larga ya que tuvo tiempo para reunir al menos doce discípulos (cf. Marcos, discípulo del abad Silvano, 1-2), partió hacia el Sinaí (la mayor parte de los apotegmas de Silvano son de su período Sinaítico; cf. Netras 1, donde aparece otro discípulo de Silvano en el Sinaí). Allí fundó un monasterio, y luego otro en Palestina, en Gerara (a una decena de kilómetros de Gaza). Sozomeno (*Historia Eclesiástica*, 6,32) le consagra una breve noticia en la que señala que, hacia 380, era monje en Egipto; y precisa que Zacarías le sucedió a la cabeza del cenobio de Gerara (o: Guerar)...” (SCh 387, pp. 61-62).

Abba Simón: “Este Simón pudo interrogar a san Antonio en su juventud... A juzgar por el recibimiento que ofrecía a grandes personajes, era de la misma escuela que el abad Arsenio” (*Sentences*, p. 299).

Amma Sinclética: “Todos los apotegmas de *amma* Sinclética son extractos de la *Vida* de la santa, compuesta a mediados del siglo V. Nacida en el seno de una familia noble y cristiana, que había dejado Macedonia para establecerse en Alejandría, Sinclética se consagró al Señor en algún lugar de Egipto. Su santidad y sabiduría le valieron ser visitada y consultada por las vírgenes de los alrededores. Son precisamente los consejos y exhortaciones que dirigía a su hermanas o hijas espirituales los que constituyen la mayor parte de su biografía, y que recuerdan muchos de los aspectos de la enseñanza de los Padres del desierto” (*Sentences*, pp. 307-308).

Abba Sisoos: “Aunque (*abba* Sisoos [o: Sisóes]) no aparezca en ninguna de las otras fuentes..., las colecciones de apotegmas reúnen un número importante de piezas suyas (a las que hay que agregar aquellas que se encuentran bajo el nombre de Titoos [o: Titóes]). Es necesario distinguir sin duda tres Sisoos: además del nuestro, hay otro que vivió en la Tebaida en el siglo siguiente y un tercero llamado “de Petra”. Sisoos habitó primero en Escete, en compañía de Macario, de Atre y de Or, dejando este desierto después del 356, en el momento en que comenzaba a poblarse. Se instaló

entonces en el *mons Antonii* donde pudo encontrar, en cierta medida, la soledad que tuvo Escete en sus inicios. Vivía con Abraham, su discípulo. Después, siempre en compañía de Abraham, fue a instalarse en Clysma. Era ya anciano, y sin duda fue allí que murió. Su reputación fue muy grande. Cuando estaba en la montaña de Antonio, Adelfio, el obispo de Nilópolis, fue a consultarlo. Dos veces, en Clysma, recibió la visita de Ammón de Raitu. Conoció a Pambo, el gran maestro de Nitria, y la tradición concerniente a este último los presenta a ambos habiendo llegado a un mismo grado de santidad. También su paso de Escete al *mons Antonii* tuvo valor de símbolo: aunque nunca vio a Antonio en vida, sin embargo trató de vivir conforme a su ejemplo. A punto de morir, vio en una visión a Antonio que venía a buscarlo, a él, vaso de elección del desierto” (cf. SCh 387, pp. 49-50).

Abba Sopatro: “no tenemos ningún dato sobre este personaje, pero su apotegma hace alusión a la controversia antropomorfitas que turbó a los monjes del Bajo Egipto a fines del siglo IV” (*Sentences*, p. 300).

Abba Teodoro de Eleuterópolis: “... Esta era la ciudad natal de san Epifanio, la cual se ubica a mitad de camino entre Jerusalén y Gaza. Fue un centro monástico importante, pero nada sabemos de este *abba* Teodoro...” (*Sentences*, p. 115).

Abba Teodoro de Ennatón: esta localidad “se convirtió en un centro monástico importante sobre todo en el siglo V. Su nombre procede de la situación geográfica, a nueve [énatos: noveno] millas [= 14,484 kms.] al oeste de Alejandría. Además de Teodoro, los principales monjes de ese lugar que se encuentran en los *Apotegmas* son Lucio y Longino” (*Sentences*, p. 113).

Abba Teodoro de Fermo: “Fuera del ámbito pacomiano, se conocen al menos seis Teodoro: el de Nitria -compañero y discípulo de Amún (cf. *Vida de Antonio* 60 e *Historia Lausiaca* 8)-; el intérprete de Juan de Licópolis (cf. *Historia Lausiaca* 35); el de Las Celdas (cf. Casiano, *Instituciones* 5,33 y *Conferencias* 6,1,2-3); el de Eleuterópolis; el de Ennatón (cf. Teodoro de Ennatón 1-2); el de Escete o Fermo... Éste es un buen representante de la última generación de monjes formados en Escete, pero que la invasión bárbara obligó a emigrar. Se ignora la fecha de su nacimiento. Entró en Escete ciertamente antes de 390, fecha de la muerte de Macario, a quien fue a consultar sobre tres hermosos libros que había adquirido (Teodoro de Fermo 1). Por tanto, fue todavía en el interior de Escete que recibió toda su formación. Sabemos además que, aunque se negó por humildad a cumplir con el ministerio, fue también

en Escete que recibió la ordenación diaconal (Teodoro de Fermo 25), una función que no se confería a los jóvenes debutantes. La devastación de Escete le obligó a instalarse en Fermo (lugar difícil de situar, que debería estar muy próximo de Escete), en el año 407. El apotegma que nos lo informa deja entender que no partió solo y que en su ancianidad se enfermó (Teodoro de Fermo 26). Es posible que, entre sus compañeros de exilio, estuviese un cierto Juan, eunuco de nacimiento; en todo caso, con este Juan habló cierto día con nostalgia de la vida más virtuosa que llevaba antes, cuando vivía en Escete (Teodoro de Fermo 10). Nada más se sabe sobre su ancianidad. Después de su muerte quedó el recuerdo de un hombre al que se podía abordar, pero que era cortante como una espada, a la inversa de su casi contemporáneo, Arsenio” (SCh 387, pp. 72-73).

Abba Teófilo: «Patriarca de Alejandría, fue el tercer sucesor de san Atanasio y el predecesor de san Cirilo, que era sobrino suyo. Gobernó la Iglesia de Egipto durante veintiocho años (385-412), plenamente consciente del importante papel que su sede había jugado en la historia de la Iglesia y del Imperio... Hizo sentir su tremenda influencia en todas las cuestiones políticas que afectaron a la Iglesia o al Estado durante su pontificado. Son tres los acontecimientos importantes que están especialmente ligados a su nombre: la decadencia del paganismo en Egipto, la controversia sobre Orígenes y la destitución y destierro de san Juan Crisóstomo. En un ataque concentrado contra los últimos restos de los cultos paganos en Egipto y con el consentimiento del emperador Teodosio, destruyó cierto número de santuarios... Aprovechó la ocasión que se le presentó de esta manera para enriquecer la ciudad patriarcal con gran número de iglesias nuevas... Ardiente admirador de Orígenes hasta el año 399 y amigo de sus partidarios, como Juan de Jerusalén, más tarde le condenó. Parece que, en una de sus cartas pascuales, Teófilo se expresó en favor de la incorporeidad de Dios. Después de eso, algunos monjes concibieron graves dudas respecto de su ortodoxia y enviaron una comisión con ánimo de someterle a examen. Para prevenir un motín a cargo de estos antropomorfitas y, al mismo tiempo, deseoso de encontrar razones políticas para entenderse con ellos, condenó el origenismo en un sínodo de Alejandría, el año 401 (Sócrates, *Historia eclesiástica*, 6,75; Sozomeno, *Historia eclesiástica*, 8,11). Además, se valió de esta decisión para iniciar, en el desierto de Nitria, una atrevida persecución contra los defensores del gran alejandrino; entre éstos destacaban los “Cuatro Hermanos Largos”, Dióscoro, Ammón, Eusebio y Eutimio. Con todo, Teófilo se hizo aún más famoso por la desgraciada intervención que tuvo en el destierro de san Juan Crisóstomo; formó una coalición de distintos partidos, tanto episcopales como imperiales, contrarios al valiente predicador; convocó el año 403, en las cercanías de Calcedonia, el sínodo de

la Encina, que depuso a san Juan y le envió al destierro. Sin embargo, para ser justos, debemos recordar que la mayor parte de nuestra información sobre Teófilo nos viene de enemigos suyos, especialmente de Paladio... Los *Apophthegmata Patrum* son una prueba de la fama que gozó en ambientes monásticos... La Iglesia copta celebra su fiesta el 15 de octubre; la siríaca, el 17 del mismo mes» (<http://www.conoze.com/doc.php?doc=5514>). "... Su antiorigenismo, como en el caso de san Epifanio, le valieron ser citado con honor y recibir incluso el título de *abba* en los *Apotegmas*. Pero sus relaciones con los monjes lejos estuvieron de ser siempre cordiales y pacíficas. Teófilo parece haber tenido gran admiración por Arsenio y Pambo, pero no éstos por él" (*Sentences*, p. 117).

Abba Teonás: probablemente se trata de aquel sobre el cual Casiano ofrece tres *Conferencias* (21-23), porque si su sentencia no se encuentra literalmente en el texto de Casiano, la idea al menos corresponde a la doctrina de la *Conferencia* 23.

Abba Timoteo: "Este Timoteo sacerdote sin duda es diferente del hermano de Pablo que era *peluquero* (*cosmeta*) en Escete (Pablo el *cosmeta* 1 y 2), y del anacoreta del mismo nombre que vivía en un monasterio de cenobitas (Pastor 70)" (*Sentences*, p. 314).

Abba Titoes: Las diferentes versiones de los apotegmas muestran que Titoes (o Titóes) es una deformación de Sisoes... De modo que los apotegmas bajo su nombre pueden atribuirse a uno u otro de los Sisoes - Titoes (cf. *Sentences*, p. 313).

Abba Xanthias: fue monje en Escete y los apotegmas que se le atribuyen son valiosos, pero aparecen como anónimos en las otras tradiciones que conocemos (cf. *Sentences*, p. 216).

Abba Xoios: es probable que no sea otro que el abad Sisoes. La colección alfabética es la única que menciona su nombre (cf. *Sentences*, p. 215).

Abba Zacarías: "era muy joven cuando llegó a Escete con su padre Carión. El apotegma Carión 2, narra con detalle el acontecimiento y las murmuraciones que provocó entre los monjes. Por su docilidad y heroica paciencia, con las que recibió las rudas lecciones de su padre, Zacarías no tardó en sobrepasarlo en virtud y fue favorecido con visiones, de las que el abad Pastor reconoció el origen divino. Sus últimas palabras muestran estupendamente su alma humilde y delicada" (cf. Zacarías 5; *Sentences*, p. 98).

Abba Zenón: “Zenón deriva de Zeus (Dios), y era un nombre frecuente en la antigüedad. Es probable que haya al menos dos personajes con este nombre en los *Apotegmas*, sin que sea siempre posible identificarlos. El discípulo de Silvano fue monje en Escete y siguió a su maestro a Palestina y Siria. Al final de su vida se hizo recluso cerca de Gaza, y murió el año 451” (*Sentences*, p. 95). Hay también un Zenón palestinese, mencionado por Sozomeno (*Historia Eclesiástica*, 2,28) y Calinico (*Vida de Hypatio*, 49 y 54; cf. SCh 387, p. 62, nota 4).